

REAL ACADEMIA DE DOCTORES DE MADRID

PALABRA
TEOLOGICO-POETICA
EN TIRSO DE MOLINA

DISCURSO

LEIDO EN EL ACTO DE SU RECEPCION

POR EL

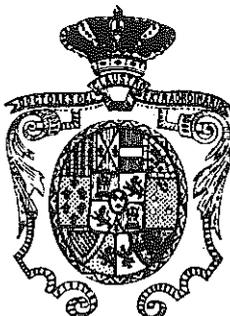
Ilmo. Sr. Dr. P. Luis Vázquez Fernández, O. de M.

CONTESTACION

DEL

Ilmo. Sr. Dr. D. Salvador Muñoz Iglesias

EL DIA 3 DE MAYO DE 1989



MADRID

1989

Edita: Revista «Estudios»
ISBN: 0210-0525 - Depósito Legal: M. 3.393-1958
© Luis Vázquez Fernández
Belisana, 2 - 28043 Madrid
Teléfono: 200 49 98

Imp. OFFO, S. L. Los Mesejos, 23. 28007 Madrid

DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. Dr. P. Luis Vázquez Fernández, O. de M.

SALUDO INICIAL

Excelentísimo Señor Presidente de la Real Academia de Doctores;

Muy Ilustres Señores Académicos;

Señoras y Señores;

Amigos todos:

Entre confuso y reconocido, asombrado y gozoso, ante vuestra benévola y generosa decisión, mi palabra inicial brota con la espontaneidad del que sólo sabe decir ¡gracias!

Soy tan consciente de mi insuficiencia doctoral, que únicamente me atrevo a estar protagonizando este acto solemne en nombre de mi Orden Mercedaria, humilde y gloriosa en sus casi ocho siglos de existencia. En ella, lo liberador, lo humanístico y lo creador, han ido entreverándose a lo largo de su historia multiseccular, de tal modo que redimir cautivos, evangelizar el Nuevo Mundo, estar presente en las Universidades y ofrecer al Teatro del Siglo de Oro piezas de primera calidad en la pluma de Remón y de Tirso de Molina, fueron a la par, sin disonancias, complementariamente, como quienes se sentían expertos en humanidad.

También yo me siento, aquí y ahora, en medio de vosotros, representante de un papel que se me ha asignado, en el sentido que fray Gabriel Téllez da al acontecer vital humano, anticipándose a Calderón:

*La ambición desvanecida
no advierte en los ignorantes
(puesto que sí en los prudentes)
que es comedia nuestra vida,*

*y en ella, representantes
cuantos contemplas vivientes,
con papeles diferentes
representan los mortales,
ya púrpuras, ya sayales:
pero al fin es lo ordinario
que el sepulcro, su vestuario,
los desnude y haga iguales.*

(Tirso: **Deleytar aprovechando**).

Desde este plano de igualdad escatológica, los acontecimientos vitales —en su diversidad existencial— nos hermanan. Al Excelentísimo Sr. Dr. don Rafael Díaz-Llanos y Lecuona, Presidente; al Secretario General, Ilmo. Sr. Dr. don Luis Gómez de Aranda y Serrano; al Ilmo. Sr. Dr. P. Pío Sagiés Azcona; al Ilmo. Sr. Dr. don Salvador Muñoz Iglesias, y a todos los demás ilustres miembros de esta Academia, con quienes —desde este preciso instante— me unen, ya para siempre, lazos de estrecha amistad, aunque nos conozcamos poco de trato, mi mejor palabra de saludo y gratitud por su acogida y su presencia. Contad con mi incondicional disponibilidad fraterna.

PALABRA TEOLOGICO-POETICA EN TIRSO DE MOLINA

Sólo en muy raras ocasiones se realiza el prodigio: La palabra teológica adquiere expresión poética. La teología se hace poesía —el *verbo*, contemplado *sub specie aeternitatis*, se hace *carne* en la palabra ardiente, luminosa e iluminadora— y nos gana el corazón a la vez que hiere, con su dardo candente, nuestra inteligencia y sensibilidad. Se realiza entonces una especie de plenificación de la palabra, en sus abismales posibilidades desveladoras —reveladoras—, comunicativas y expresivas. La palabra tensional, lanzada a la eternidad, se hace palabra en el tiempo, se *anonada*. Pero, al mismo tiempo, adquiere poder de *elevarnos* a las puertas mismas del misterio inefable.

Esa palabra entre dos silencios —el previo a su inspiración y el que provoca, prolongando indefinidamente su temblor sugerente y alusivo— llega a ser la verdadera palabra que es comienzo creador y acto dinamizador, comunicación y presencialización, mediación del pensamiento en soledad, revelación inaudita, fuerza de atracción y de promoción, capacidad de interiorización y profundización, nutrición del espíritu, transmisión de la Verdad y la Belleza, en unidad profunda.

Una de estas raras realizaciones, logros fascinantes de la conjunción de ambas potencialidades de la palabra humana creadora, es la mejor obra de Tirso de Molina, el mercedario nacido en el último cuarto del siglo XVI y que vivió la primera mitad del siguiente, fray Gabriel Téllez. En algunos aspectos esenciales de su palabra teológico-poética quiero centrar este breve discurso, destacando sus cuatro momentos y formas diversificados: Su palabra originaria y originante, la poesía propiamente dicha; la palabra en acción, el drama o comedia; la palabra intencionalmente nutricia, la obra miscelánea *Deleytar aprovechando*; y, finalmente, la palabra hecha historia, su *Historia de la Merced*, en la que destacan las hagiografías.

1. PALABRA TEOLOGICA Y PALABRA POETICA

Nuestro origen cristiano está en la Palabra de Dios a la Humanidad. Esta palabra *revelada* y *encarnada* nos trasciende infinitamente. La transmisión y comprensión de este mensaje parte de la inicial y permanente proclamación kerigmática, se continúa en la enseñanza catequética, se desarrolla en el conocimiento heredado de los Padres y llega a adquirir la forma de saber teológico desde el siglo XII-XIII hasta nuestros días.

Se ha hecho observar que *teología* —discurso sobre Dios— es palabra tomada de la cultura greco-latina. En su origen, los llamados teólogos eran los poetas. Ellos fueron los primeros en consagrar su palabra a la Divinidad: Los mitólogos que trataban de los dioses populares del Olimpo —su origen, genealogía y representación poética— eran considerados como teólogos (Platón). Es decir, *teología* y *poesía* nacieron de la misma madre. Pasó luego la teología a ser metafísica con Aristóteles: Tratado sobre el Ser inmóvil y Causa suprema. E incluso, en ciertos estoicos, se convierte en «teología cívica»: Se ocuparía del culto público a los dioses del Estado y de la ciudad. Esto ha influido para que el vocablo haya tardado en ser aceptado en el vocabulario cristiano: sólo en el siglo IV comienza, en Oriente, a ser referido a la Trinidad. En Occidente aparece con Pedro Abelardo, timidamente, y —ya en el siglo XIII— adquiere carta de ciudadanía eclesiástica y eclesial al ser adoptado por la Escolástica en su *sentido epistemológico*. Desde entonces, sigue en vigencia como *disciplina racional a partir del dato revelado*.

Subrayemos, de pasada, cómo la teología patristica está muy ceñida a los problemas vitales y pastorales de los creyentes, y su búsqueda de intelección del Misterio se basa en el método *tipológico, mistagógico y sapiencial*, y reconoce que «todo conocimiento de la verdad viene de una *iluminación interior del Logos, del Verbo de Dios*» (Orígenes y San Justino). Con los doctores capadocios, después de acudir a los conceptos auxiliares de la filosofía griega para acuñar una terminología técnica teológica, se descubren los límites del conocimiento humano sobre Dios. El carácter *apofático* tiñe su pensar teológico: ¡Es más lo que ignoramos del misterio divino que lo que conocemos!

El deseo, sin embargo, de comprensión intelectual del dato revelado y de su profundización sigue ahondándose. Y San Agustín acuñará esta fórmula expresiva: *Desideravi intellectu videre quod credidi*. San Anselmo luego consagrará el método teológico en Occidente: «Neque enim quaero intelligere ut credam, sed *credo ut intelligam*» (Proslogion, 1). Pero el gusanillo de la razón sigue horadando la conciencia del creyente, y será Santo Tomás de Aquino quien situará a la teología entre las *ciencias*, de modo discursivo, racionante, aunque imitando el modo

de conocer de Dios mismo: «velut quaedam impressio divinae scientiae» (Summa theologica I, q.1, a.3, ad 2^{um}). La corriente agustiniana, por su parte, logra situar a la voluntad siempre junto a la inteligencia: ¡la salvación evangélica, y el final de todo saber cristiano está en el amor! La teología debe ser —y en esto todos parecen coincidir— una *sabiduría*. «Suma teológica» (Santo Tomás) e «Itinerario del alma hacia Dios» (San Buenaventura) son obras cumbres suficientemente expresivas de sus respectivas concepciones teológicas. La *teología moderna*, humanista y renacentista-positiva, hizo de contrapunto. Hoy la búsqueda teológica tiende a englobar aspectos contrapuestos, vistos como complementarios: lo positivo y lo sistemático, las fuentes y la inteligencia de la fe. La palabra teológica acaso sea hoy, más que nunca, consciente de sus límites, pero también se manifiesta más abierta que nunca a la aportación de otras palabras humanas, reveladoras del misterio y de la vida del hombre, históricamente salvado por el Verbo encarnado. La *palabra teológica*, por lo demás, aparece hoy más bañada en la sabiduría —y en la expresión literaria inspirada— de la *palabra bíblica*. El ideal sería que se convirtiera en *palabra integral* e integradora, sapiencialmente iluminadora y transformadora de aptitudes y comportamientos.

Es a este nivel donde teología y poesía pueden darse la mano. Y si el teólogo es poeta —como es el caso de Tirso— su palabra trasciende los linderos de la «tribu» clerical para inmiscuirse en el mundo laical, en el ámbito teatral, en la Universidad y en el mundo del humanismo residual, en el de la crítica literaria, en el de las ciencias del lenguaje y, en general, en el de la cultura, sencillamente. Con esa sencillez de lo que atrae y fascina, de lo que se impone y es aceptado por su propia capacidad relacional.

La poesía —que alguien definió como «el uso exhaustivo de la palabra en búsqueda de su esencia» (Pierre Emmanuel)— *atiende* a quien se acerca a ella sediento de «razón ardiente»; *se tiende* hacia los demás, como un manantial de vida interior comunicada, vivencialmente expresada en sus múltiples niveles —sensóreo, afectivo, conceptual—; *entiende*, con la sabiduría cordial y la inteligencia bañada en sensibilidad, profundidades del misterio, de la belleza como «presentimiento del espíritu, de la inmanencia divina, de la relación de creación y participación, y como presentimiento analógico de Dios trascendente» (Yves Vincenot), a la vez que presta su «inspiración» a la «inspiración divina» —su pequeña palabra a la Palabra—; *se extiende*, en permanente tensión y temblor lírico, hacia la *realidad ideal*, pretendiendo darle «a la caza alcance» (San Juan de la Cruz): esta distensión —anclaje en el tiempo y tensión ascensional hacia la eternidad— adquiere verdadera consistencia cuando la palabra teológico-poética florece, sin artificios, como fruto de la inteligencia traspasada de imaginación creadora.

Esta particular manera de hablar, autoexpresándose y expresando el

misterio del Ser en el misterio de los seres, desde el silencio antecedente y subsecuente, desde el balbuceo —ante Dios nuestras palabras son todas esbozos balbucientes de la Palabra—, alejándose del ruido, enemigo actual que acecha en todas partes, quiere ser poesía y teología que manifieste la inmanencia en la trascendencia, tanto como la trascendencia en la inmanencia. El teólogo-poeta es testigo y comunicador de profundidades y ascensiones, desvelando el acceso al Misterio a través de su palabra cargada de virtualidades insospechadas. El poeta-teólogo es hombre que nos da su palabra: ¡Es hombre *de palabra*, por serlo *de la Palabra*! Más que Maestro de la palabra, servidor, moldeando —a fuerza de pasión por la palabra— la llama encendida, que debe ser asimismo «de amor viva».

2. PALABRA ORIGINARIA Y ORIGINANTE EN TIRSO: POESIA PROPIAMENTE DICHA

Cuando el pensamiento encarnado, la idea en ebullición que manifiesta su hondura en la superficie de la palabra rítmica, donde lo superficial humano realiza el prodigio de la expresión-comunicación, logra esa palabra abreviada y sintética, con su unidad diversificada, se produce la poesía: En ella lo sonoro, lo rítmico, lo sensóreo, lo significativo, las imágenes y símbolos, las metáforas —con sus *epíforas* y *diáforas*, transferencia de un nombre a otro objeto, reunión de varios aspectos de un modo único que suscita significación nueva—, las formas provisionales y de desarrollo, los géneros literarios, las ideas, conceptos, concepciones del cosmos, etc., se *nuclearizan* —de un modo creador— para convertir la plurivalente palabra interior en palabra artística originaria y originante de sensaciones globalizantes, de comunicaciones sorprendentes. La poesía de contenido teológico posee, además, la virtud de ser doblemente iluminadora y desveladora del misterio. En Tirso de Molina la densidad de su palabra queda patente. Todo nuestro Siglo de Oro usa un lenguaje teológico —que los escritores asimilaban con espontaneidad y gracia y el pueblo entendía, y de él se nutría gozosamente—, pero en el fraile mercedario este lenguaje adquiere personalidad propia, estilo, talante muy personal, debido a su talento y a su formación teológica seria. Recordemos que, además de sus estudios sacerdotales completos —con mayor intensidad y duración que Lope de Vega e incluso Calderón de la Barca—, fray Gabriel Téllez fue profesor de Teología en Santo Domingo —durante tres semestres— y en Conventos mercedarios de España durante varios años: Su experiencia de Lector desembocó en el título de Presentado y, finalmente, en el de Maestro, al ser nombrado cronista general de la Orden de la Merced (1632), sustituyendo a Alonso Remón, su predecesor en el oficio de cronista.

Solicita a Roma bula papal con el título de Maestro, después de recibir dicho grado en 1636 por parte del general fray Dalmacio Sierra. Al año siguiente, Urbano VIII confirma a Tirso como Maestro (24 de enero de 1637) y el procurador general de la Merced en Roma le comunica oficialmente el *Breve de Magisterio* a Tirso (1 de febrero del mismo año). La formación y docencia teológica de Tirso es fruto de su vida mercedaria, sin que pueda afirmarse documentalmente que haya sido ni alumno ni profesor en las Universidades de Alcalá o Salamanca, como se vino afirmando en biografías sin rigor. Por ser interno su compromiso docente, hemos ganado al poeta y al dramaturgo, si no pasó a la lista de catedráticos universitarios. Los «honestos recreos de sus ocios» —en frase suya— le permitieron su intensa labor creadora, de la que todos salimos beneficiados.

Este Tirso, pues, consciente de sus capacidades teológico-poéticas, es el que nos entregará poemas, obras misceláneas, dramas, autos sacramentales, hagiografías, novelas «a lo divino»: En todo ello destaca, de modo sobresaliente, la fuerza expresiva de su palabra ardiente. El —siguiendo a Ovidio— define la palabra poética como una especie de *furor divino*, de inspiración transida de trascendencia:

«Sabroso furor incita
nuestro espíritu perene,
pues cuando su raudal viene
Dios en nosotros habita:
¡divinos nos acredita
siempre que versificamos!».

(La Patrona de las Musas).

Limitándome, ante todo, a sus poemas de *Deleytar aprovechando*, pero que tienen consistencia en sí mismos, me fijaré en algunos aspectos más destacados de su palabra sintetizadora de lo teológico y lo poético.

Tecla, patrona de las musas, simboliza el *presentimiento de Dios*, en su ansia religiosa, especie de *preambula fidei* por donde se mueve a la búsqueda de la gran Verdad salvadora. En un *romance enamorado a lo divino en metáfora de una navegación*, Tirso pone en sus labios palabras-símbolo, de gran capacidad sugerente:

«Piélagos de inmensidades
ni navegados ni vistos,
de la tierra me remontan,
agua y cielo solos miro».

Entre mar y cielo, su mirada empañada en lágrimas de amor, tiene envidia de los oídos por donde entra la Fe. Ignorante todavía de todo

—de las demarcaciones del puerto, de la presencia del piloto, del encuentro feliz— sabe que está el mar de la vida lleno de corsarios, al acecho; y tiene que sortear los escollos de Caribdis y Scilas, los torpes hechizos de las sirenas, los bajíos. Instruida ya por Pablo, Tecla —el alma— exclama:

*«La sonda de la Fe llevo
con que temerosa mido
el fondo de mis deseos...».*

La gran fuerza movilizadora de sus energías es el *Deseo*, sin fondo, hacia el Insondable. Gracias a la sonda de la *Fe* puede evitar naufragios imprevistos y siempre terribles. Frente a huracanes de vicios, a los oleajes de la pasión, mantiene su esperanza viva en la zozobra:

*«Atrevimientos de Amor
cuanto más arrojadizos
mayores logros merecen,
que no se estiman los tibios».*

Después del deseo viene el *Amor*, guía seguro, aunque se ignore el objeto. Sólo él es «digno de fe» (en expresión acertada de H. U. von Balthasar, recogiendo intuiciones clásicas), y Tecla lo sabe y expresa con entusiasmo:

*«Amo y, sin saber a quién,
cartas de fuego le escribo,
que a Dios y a ventura arriesgo,
si es ventura y Dios lo mismo».*

El Dios ausente está ya presente en esta actitud del alma amante: ¡Quien ama conoce! Acaso sólo llegue, por «enigmas», por reflejos pálidos y borrosos, a presentir el rostro del Amado. Y necesita imaginarlo, ya que no lo tiene presente:

*«Mi imaginación Apeles
colores mezcle distintos,
pues, lienzo la voluntad,
en ella su copia imprimo».*

Estamos ante un conocimiento de Dios más en la línea de San Buenaventura y la corriente voluntarista que en la línea del hallazgo racional a lo Tomás de Aquino y Escolásticos con base aristotélica. Estamos en la línea del encuentro místico y experimental, no del meramente

cognoscitivo y conceptual. Se destaca, con gran relieve, la fuerza de la *visión*, aunque sea en imagen:

*«que si acierto a pintaros
posible podrá ser que acierte a amaros».*

El teólogo-poeta se encuentra aquí en actitud de búsqueda y hallazgo de tipo místico, desde el presentimiento y el amor al *Dios desconocido*, pero que está suscitando en el propio deseo el amor que no engaña. La imaginación creadora es útil también al teólogo, para *comprender* al que se halla a este nivel de búsqueda, para entrar en la piel del ser humano de buena voluntad, perdido todavía en la selva o en el mar de su vislumbre oscura.

Y en los instantes de fuego —«arqueros de su guarda las cuchillas encendidas del fuego que le cercaba»— el cántico bíblico en el horno de Babilonia —la voz de la Palabra revelada desde antiguo— viene a reconfortar y se convierte en gozo interior, paradójicamente luminoso en su tiniebla envolvente. Todo se transforma en bendición a Dios:

*«Bendíganle las noches,
exequias funerales
del sol, que en ellas muere
cuando el descanso nace».*

Y cuando Dios providente salva del peligro, el alma —simbolizada en la *patrona de las musas*— hace una clara «protestación de fe en décimas de endechas». Tirso logra, en estos versos admirables, hacer una síntesis de fe cristiana: Dios inmenso e infinito, creador, trino en sí mismo, encarnado en el Hijo, entregándose íntimamente en el Espíritu, revela su paternidad a quien, por la Fe, tuvo la dicha de recibir su Palabra:

*«Inmenso incircunscripto,
Criador de cuanto vive,
de cuanto ser recibe,
Dios solo e infinito:
Tú que, siempre bendito,
Rey de reyes te llamas,
y entre apacibles llamas
de tu amoroso abismo
engendras de Ti mismo
la semejanza que amas».*

Nada suple la expresión poética en sí, donde fondo y forma son inseparables; y ritmo, musicalidad, rima, imagen, metáfora y símbolo,

están ofreciéndonos, unitariamente, la Verdad unida a la Belleza, atributos ambos de Dios, en su unicidad correlativa. A veces, en nuestro lenguaje racional, analítico, desgajamos —violentando lo unitario— la rama florida de la belleza de la sobria de la verdad. Pero, cuando esto hacemos, nos privamos de la contemplación, del éxtasis gozoso, del estremecimiento interior que nos produce la palabra poética. Por eso no se puede «resumir» un poema. Y es bueno proclamar la palabra misma tirsiana. Es ella la que revela su hondura teológica plenaria, y nos mueve al asombro, y nos conmueve por su justeza de flecha heridora del alma y la sensibilidad, tanto como por su claridad brillante de idea cincelada.

La procedencia del Hijo eterno —en quien fue todo hecho «ad extra»— queda cifrada en esta exacta espinela estremecedora:

*«Tú que, virgen fecundo
de tu naturaleza,
contemplas la belleza
por quien formaste el mundo:
Y siempre en su profundo
océano ocupado
das vida a su traslado,
porque tu Ser le cuadre,
Tú que, su padre y madre,
le engendras, no engendrado».*

Sólo el silencio podría dar acogida a esta palabra encendida de Tirso, en la que se destaca el dogma hecho poesía, la palabra encarnada en la maravilla nuestra, cuando un poeta-teólogo nos ofrece este manjar sabroso y nutritivo. No estamos ante el Misterio con adornos de palabras sustituibles: ¡Estamos ante la Verdad-Belleza del Misterio! Y nos parece escuchar, retrotrayendo en más de tres siglos, la expresión de Juan Pablo I: ¿El Dios que engendra eternamente no puede ser llamado *madre* igual que padre? La faz materna de Dios ha sido vislumbrada ya por Tirso de Molina. En un par de obras dramáticas —*La Dama del Olivar* y *La peña de Francia*— la mariofanía se resuelve en *mariogamia*, pues María es expresión femenina de Dios-Amor como *Esposa* para el varón creyente, según destacó el teólogo Xabier Pikaza, al analizar dichas obras tirsianas. El símbolo esponsal —utilizado por nuestros místicos, sobre todo de raíz carmelitana— de Dios adquiere presencia femenina en María como *epifanía del Espíritu*.

A nivel afectivo, cuando es una mujer, Tecla, quien se expresa, su amor llega al profundo misterio divino, descubierto originalmente por la Fe, que le comunicó el Apóstol:

*«Por él humilde adoro
una Deidad sencilla,
del cielo maravilla,
de nuestra Fe tesoro:
Gozosa me enamoro
al paso que me espanto
de que misterio tanto
alumbre mi ignorancia:
una sola sustancia
en un Trisagio santo».*

La vida íntima de Dios, su ser único tripersonalizado —Dios en su unidad trinitaria: ¡un solo Dios, no un Dios solitario!— acrecienta el asombro y la adoración del creyente. Tirso, y con él nosotros, exclamamos:

*«¡En tres supuestos vivos
un ser de eterno fruto,
un Dios solo absoluto
y tres los relativos:
misterios excesivos,
que en tres personas vea
mi fe una sola idea,
un poder solamente,
un querer y una fuente
que sola a tres recrea!».*

Y, después de la contemplación manifestada del misterio trinitario, la fe cristiana centra su mirada en la Encarnación, sabiduría divina puesta a nuestro alcance, con rostro humano, «jugando con los hijos de los hombres». Veremos más tarde cómo Tirso le saca partido al símil del juego para expresar la vida de Dios con nosotros, tal cual se revela históricamente. Tecla sigue agradeciendo a Pablo el descubrimiento de la fe a este nivel cristiano, escándalo y locura para hebreos y paganos, pero gracia salvadora inenarrable para quien recibe el don de la plenitud de los tiempos. *Dios-en-sí* se hace *Dios-con-nosotros*, vinculada su doble naturaleza en la unidad personal: «¡Divinas sutilezas!». La formulación dogmática supone un trasfondo lingüístico de base filosófica, que el creyente sencillo apenas entrevé, y que el teólogo más penetrante apenas acierta a explicitar. Para ambos se trata de «divinas sutilezas», en expresión lograda de Tirso:

*«Por él sé las grandezas
que humano Dios blasona*

con sola una persona
y dos naturalezas:
Divinas sutilezas,
alma, con que te asombres,
pues nace con dos nombres,
ya en tiempo, ya sin tiempo,
por ser su pasatiempo
los hijos de los hombres».

Centrada la mirada de fe en Dios, el alma creyente ve con ojos nuevos la «admirable arquitectura y trabazón del universo». La *Canción castellana* que Tirso le consagra es digna de ser degustada: la esfera celeste es como un libro abierto, móvil, transformándose —caleidoscópicamente— para asombro de quien le contempla y sabe descifrarlo, en cuanto reflejo de Dios creador, Poeta supremo.

La alegoría va a servirle al poeta-teólogo para escenificar la historia de la salvación de la Humanidad como un juego de naipes. Procedimiento que está usado —de modo algo diverso, pero con base similar— en su gran auto sacramental *Los hermanos parecidos*. Ahora, en un largo romance, de modo muy ingenioso, de gran exactitud teológica, alegoriza el proyecto salvador divino ante la pérdida reiterada del ser humano, en su juego empedernido. Dios trino, en su vida *ad intra*, se autorrecreaba («enamorado de verse / en su retrato narciso»), en un acto absoluto y relacional entre las tres Personas, hasta que decide la creación por un acto puro de su voluntad. El ser humano, imagen suya, fruto de su amor inmenso, es objeto de su solicitud paterna. La Sabiduría de Dios juega con los hijos de los hombres. En sus inicios comienza el juego Luzbel, pero Miguel le gana la baza. Desde el abismo intenta que el hombre pierda, mostrándose como «tahúr aleve y fingido»: engaña a Eva y a Adán, que empeñan hasta los vestidos de la gracia. El Juez divino los halla desnudos, «con la baraja en las manos». Su sentencia es al destierro, «pena común en la Corte / contra juegos prohibidos». También les impone «los primeros sambenitos». Los jugadores siguientes que van entrando en este juego acaban perdiendo y perdiéndose: Caín, Esaú, Egipcios, Israelitas. El mundo estaba triste con tanta pérdida. Es entonces cuando tiene lástima el Amor «de que a su hermano adoptivo/ tan mal el juego tratase; / volver por entrambos quiso: / Salió del Padre, quedando / en él, y quien *in principio / erat Verbum*, ya siendo hombre, / a ser *Verbum caro* vino». ¡Dios entra en el juego del hombre!

El enemigo pretende engañarle, con sus tretas, a través de Herodes (que «tantos hace para el juego / Herodes vil, y deshizo / tantos tantos en pedazos / que es su número infinito»), que no salió ganancioso, finalmente, pues «huyendo Dios a Egipto / él por grande se perdió, / y

ellos ganaron por chicos». Gana Simeón tanto y entregó el *Nunc dimittis*. María y José parece que andaban de pérdida («si puede perder a Dios / quien siempre le trae consigo»), pero se desquitaron pronto al hallar al hijo en el Templo como Maestro de ancianos. Entra luego en danza Judas («vendió un jugador tramposo / —que se atrevió como amigo / a entrar también en docena— / un *Agnus Dei* de oro fino»). Por el precio de treinta reales hace la compra un usurero judío. Pero Judas pierde y se pierde. Mateo, «tablero», metido en los impuestos, «barajaba humanos libros, / y jugando siempre mal / de asiento estaba en el vicio; / a una voz de la Justicia / el juego puso en olvido, / llegando a ser secretario / de quien antes fue enemigo». Magdalena, mala jugadora, «lo que perdió por los oros / —que en él se pierden los ricos— / supo ganar por la copa / del unguento que a Dios vivo / pronosticó injusta muerte, / y en fe de tanto prodigio, / con la copa —si no bote— / quedar retratada quiso». Es decir, gracias a Cristo, se van poniendo remedios esenciales a las pérdidas que parecían irreparables. Otra vez más Tirso está poniendo en evidencia lo que hoy se denomina «ludopatía», como alegoría de uno de los grandes males de la Humanidad descarriada.

Le toca ahora el turno a Pedro, quien «de puro confiado / entre bárbaros ministros, / jugando se perjuró / —que el jurar siempre fue amigo / del juego— / y perdió». El canto del gallo le hace enmendar el juego «a puro llanto y suspiro, / ganando hasta la Tiara / del Imperio Pontificio».

De este modo andaba el juego, cuando Cristo compra, *en la mesa de la cruz*, las cartas con que va a ganar definitivamente: «con la copa del bautismo / y el basto, bastó a ganar / cuanto el hombre había perdido». Triunfa de los poderes del mal y de la muerte, y hace partícipe al ser humano de su ganancia. Admite colaboradores de juego: El Cireneo, Dimas... «Tras el *consumatum est* / quedó el juego concluido». Reparte entonces ganancias: Da su espíritu al Padre, entrega a María como Madre a Juan, da perdón a sus enemigos, sacramentos a su Iglesia, libertad a los prisioneros en las sombras de la muerte, su cuerpo al sepulcro santo, resurrección a los creyentes. Y hace una oferta insospechada: «Y, para que si se viere / el hombre otra vez perdido, / tenga resto con que torne / sobre sí, quedarse quiso / sobre la tabla del juego / sacrosanto e infinito / de aquel incruento Altar / donde, oculto y escondido, / nuestras pérdidas restaure: / allí es hombre, aunque es divino, / carta blanca en accidentes...».

Esta es la alegoría teológico-poética de la historia humana vista desde el plan salvífico de Dios providente, que entró de lleno en el juego nuestro, convirtiendo pérdidas en ganancias, hasta quedarse en la *tabla del juego*, eucarísticamente presente.

Desenmascara Tirso, en otras ocasiones, la *confusión de sectas* y

religiones en que se enmarañan los hombres sin topar con la verdad. Pasa revista a las opiniones de Aristipo, Epicuro, Pitágoras, Tales, Heráclito, Demócrito... Y no se apacigua en ellas el ansia de verdad:

*«Penosas contradicciones
la verdad que el alma busca
desdeñosa se me ofusca
en tinieblas de opiniones.
Registro definiciones
de opositoras sentencias
e, infiriendo consecuencias,
todas al fin se refutan,
pues cuanto más se disputan
más huyen las consecuencias».*

Será, no el enmarañado bosque filosófico, sino la Fe desnuda —en su trémula claridad eucarística y en su cercanía mariana— la que apacigüe el espíritu inquieto del ser humano. Sus canciones eucarísticas y loas al sacramento son de una gran inspiración: A veces, alegorizando; a veces, convirtiendo la palabra en puro requiebro de amor. Serán, por ejemplo, las bodas de Cristóbal Salvador con Olalla de la Iglesia las que nos cuente y cante. Después los asistentes bailan una canción:

*«Coman y gusten y estimen las almas
este pan, mazapán de amor,
que, pues salva, es de salvados,
con ser todo pan de flor».*

Y la otra canción enamorada al santísimo Sacramento, en ritmo anapéstico, de gaita gallega, está elaborada sobre la base de las bodas místicas, desde el simbolismo popular, entremezclado con las alusiones al «pan sin sustancia», en sus accidentes oscuros, aunque relucientes de blancura:

*«Que llamaba la tórtola madre
al Esposo dulcísimo suyo,
con el pico, las alas, las plumas,
y con arrullos, y con arrullos».*

En ocasiones un romance eucarístico sobre el banquete, en el que quien invita se ofrece en alimento, se entrecorta con la cuestión ingeniosa: «Si en la mesa, fieles, Dios es comida, / ¿cómo todos le comen y El tiene vida?».

La loa previa al *auto sacramental* evidencia el peso de las obras,

solicitando la gracia del silencio, cuando ya las palabras se convierten en palabrería. Cristo mismo se entrega con solo cuatro palabras —*Hoc est Corpus meum*—, cuya eficiencia es fuente del asombro y de la adoración perenne. Por eso el poeta, ahora, renuncia a largas canciones y exclama, solemnemente:

*«Gastar pudiera el tiempo en alabanza
deste Misterio, príncipe y cabeza
de la Fe, que asegura a la esperanza
cifra de todo un Dios y su grandeza:
Mas, si el callar blasón divino alcanza,
ceda al silencio aquí la sutileza,
que obras, y no palabras, la Fe encarga,
pues disminuye el don la lengua larga».*

Sin embargo, las *canciones sacramentales* suelen ir acompañadas de melodías. Entonces la palabra de Tirso se hace más cercana al pueblo, y en una síntesis de teología y simbolismo, basado en la oralidad, logra cumbres líricas que los instrumentos musicales debían destacar: Estamos en el puro ritmo danzarín y alusivo. Escuchemos el eco secular de esta palabra trémula:

*«El pan que engaña al sabor,
alma, de nuestra ignorancia,
accidente sin sustancia,
fruto fue y quedóse en flor.
Invenciones son de amor
para alentar tu desmayo:
en febrero nace el mayo,
y en sus rosas mis amores.*

*Alegrías, albricias, pastores,
que hoy baja del cielo la flor de las flores,
que quita la culpa, que alivia la pena,
que en cándido globo parece azucena,
que amor entre rosas disfraza su abril,
que el cielo en la tierra pensiles derrama,
y por el viento sutil,
serafines de mil en mil,
vestidos de gloria, cercados de llama,
y dando a la tierra divinos renombres,
despejan los cielos y envidian los hombres».*

Hasta tal punto Tirso está «chapuzado en pueblo» —como pedía Unamuno a los renovadores de la palabra castellana— que lleva a los

autos sacramentales y a sus canciones previas lo mejor de la lírica popular de veta tradicional. El caminante o peregrino —el *homo viator*—, hambriento de la gracia, «buscando el pan floreado», se encuentra con el molino del dolor penitencial, pero le falta el agua —las lágrimas del arrepentimiento—, entonces, «viendo parar las ruedas» interroga:

Molinico, ¿por qué no mueles?

Y escucha la respuesta silente:

Porque me beben el agua los bueyes.

Esta cancioncilla popular se cantó también en *No le arriendo la ganancia*. Y, ya en sentido profano, en *Don Gil de las calzas verdes*. En Tirso el mundo profano y el religioso están tan estrechamente correlacionados que, asumida la encarnación, no es posible ya hacer dualismos o dicotomías maniqueas. Esto lo ha comprendido a maravilla el poeta-teólogo mercedario.

Todavía en un par de glosas desarrolla Tirso el gran asombro que produce al alma creyente la presencia eucarística, como *forma* de divinización, *Theopoiesis* en expresión de los Padres griegos:

*«Porque su fineza asombre
quiso, uniéndose los dos,
casi en un ser y en un nombre,
después de hacerse hombre Dios,
hacer Dios también al hombre.
Trazólo su amor de forma
que oculto en la blanca forma,
transformándole en su ser,
le dio amoroso a entender
que el pan es vida y transforma».*

En metáforas del *libro* (libro de caja, de leyes de gracia, de genealogías, de acuerdo y memoria, teologal, de filosofía, de Caballerías, de alivio de caminantes) hace una *loa* previa a *No le arriendo la ganancia*, en la que su ingenio adquiere el arte de lo metafórico puro, en trasposición eucarística. Y el *villancico* final es un alarde de expresión paradójica, la única que trasciende las limitaciones lógicas, incapaces de llegar al Misterio escondido, a la luz en reserva:

*«Lo que me espanta y asombra
cuando al altar voy, mi Dios,
es ver que, siendo el Sol vos,
se ponga el Sol a la sombra».*

No podía faltar tampoco en Tirso su *palabra mariana*: la maternidad de María, su natividad, su ser inmaculado, su realeza, su *merced*, van a ser objeto de densos poemas, dentro de una gama pluriforme y multicolor de registros metafóricos y musicales, simbólicos y rítmicamente variados. El misterio de María forma parte del plan salvador de Dios, y ella está siempre junto al Hijo, encarnado en su seno.

Para Tirso *natividad de María* supone *concepción inmaculada*, por eso dirá en un bello poema:

*«Sol que esta vez nacéis del Occidente
sin culpa concebida».*

Toda la creación (el sol, los planetas, la luna, el alba, el crepúsculo, los ruiseñores, calandrias y jilgueros, oropéndolas, pardillos, canarios; los prados de esmeralda, las flores todas) hacen su ofrenda a esta privilegiada de la creación. La belleza se postra a sus pies. Y desde «el palacio a la cabaña» todos admiran su luz incontaminada. Ella, remediadora del llanto de Eva, inaugura la mejor sonrisa de gracia en la Humanidad caída y redimida. Sus imágenes rezuman frescura y están rebosantes de ternura filial y de justeza teológica:

*«Asombro de belleza,
salís a luz para que el mundo os goce,
pisando vuestros pies el áspid fiero,
y cuando os ve nuestra naturaleza
apenas por su hija os reconoce,
que es ella nube oscura y vos lucero.
En vos busca primero
aquel lunar o mancha
que en el hombre sus límites ensancha,
con que nos parecemos
al protopecador de quien nacemos,
mas no halla en vos ninguna:
¡porque vos sin lunar pisáis la luna!».*

Maneja asimismo Tirso el argumento de conveniencia, al glosar aquellos versos: «Culpa original en quien / fue Madre de Dios sería / riguridad, si María / es digna de tanto Bien». La idea cincelada se corresponde aquí con la devoción y ternura, la maestría al servicio del argumento teológico común. La santidad del Hijo corre parejas con la de la Madre, aunque la de ella dependa y sea consecuencia de la de El:

*«Y si hizo el son concertado
de aquel dúo en un supuesto,*

*que el Verbum caro ha cantado,
no es bien que en ella haya puesto
disonancia de pecado.*

*Conforme esta opinión pía,
será bárbara herejía
el defender que en pecado
Cristo en tiempo fue engendrado:
riguridad, si María.*

*Sólo harán de su limpieza
ejecutoria segura
los dos, pues tienen nobleza:
por gracia la Virgen pura,
Cristo por naturaleza.
Mil parabienes les den,
pues son hidalgos los dos:
El porque es el sumo bien,
y ella que Madre de Dios
es digna de tanto bien».*

En otras glosas y poemillas sigue entretejiendo razones cordiales para poner de relieve la gracia inmaculada de María. Y, de modo popular y «gracioso», invita a los serranos —con lenguaje sayagués— a la aclamación unánime de la *Señora Mariquita*, «que es *mar* y *quita* pecados / del mar de nuestras desdichas». Y, jugando del vocablo y denunciando el «antifeminismo» secular, exclama:

*«Nacida o postema llaman
cuando nace alguna hija,
pero la que vos parís
de Adán sana las nacidas».*

Los tumores o llagas originales (las «nacidas» o «postemas») quedan curados por esta Niña que nace limpia y llena de belleza. Aprovecha para lanzar una puya a quienes entonces —desde el rigor escolástico excesivo y la autoridad del de Aquino— se oponían a la proclamación de la Inmaculada. El campesino denuncia tacañeces y anuncia el alba del esperado dogma inmaculista, con sus argumentos de sentido común irrenunciable:

*«¡Que haya quien desto le pese
y, por llevar la porfía
adelante mos reproche!
Ya es más tema que doctrina.*

*Que de mala gana diera
la gracia quien vos la quita
(si él huera Dios), a su Madre,
pues con vos en puntos mira.*

...
*Al que es escaso, rapaces,
correlde, dándole grita,
y cantad: ¡Viva la Reina
sin pecado concebida!».*

El rústico sayal de la naturaleza humana, ya vale más que «brocados de tres fondos». La razón es transparente y de buena ley: «Porque ya salió la tela, / siendo nuesa Ana el telar, / que tejió el viejo Joaquín, / sin urdiembre original. / Diz que se ha de vestir della / uno de la Trenidá...». Ana —símbolo de la humanidad caída— está de enhorabuena, y recibe los obsequios de la gente humilde y sencilla, creyente y asombrada de su hija. Dice el rústico creyente:

*«Al concebirla su madre
diz que la quiso picar
ell alacrán de la culpa,
más mámola ell alacrán.*

*Porque en aquel mismo instante
viéndola el Rey llegar
le dio tal **pasagonzalo**
que le hizo rehurtir atrás.*

*Y como no la picó
como a los otros de Adán,
no llora, que no la escuece,
y esto es la pura verdá.*

...
*¡Ni hubo mancha de pecado
ni neguilla original!».*

El humor tirsiano se pone aquí asimismo al servicio del amor. La palabra del pueblo llega, directísimamente, a la entraña misma del misterio.

Finalmente, en labios del mártir mercedario —como Cristo colgado de un madero por amor y entrega redentora—, Pedro Armengol, pone Tirso buenas razones para ensalzar la *Merced de María*, redimida mas no absuelta, redentora con el Hijo a través de la historia de los seres humanos cautivos y privados de ese don divino de la libertad. Sus ver-

sos se convierten en canción sapiencial, desde su experiencia filial mercedaria:

«*Dulcísima prenda mía,
Aurora, Sol, Luna, Estrella,
Cedro, Palma, Rosa bella,
Norte, Zona, Senda, Guía,
Mar de amar, Madre María:
Yo os doy mi fe que, difunto
al siglo, desde este punto
sólo vuestro amor posea,
porque todo vuestro sea
quien es de Cristo trasunto*».

En suma, María es para Tirso de Molina, la mujer de nuestra raza que —traspasada de Espíritu Santo— es el Ave que cambia los papeles a Eva desde su origen pecador, y en su plenitud de gracia divina entona un cántico nuevo cuya melodía ensimisma al Altísimo: En ella todo es novedad, por ser anterior al pecado. Su identificación con la obra del Hijo la hace ser redentora de cautivos. Madre de cuantos —en su desamparo— son otros Cristos vivos y sufrientes. Los seguidores del Hijo tienen en ella el mejor regazo abierto a la salvación. María nos hace libres, nos hace *ser personas*, sujetos —que no objetos— en diálogo con los demás y con Dios.

3. PALABRA EN ACCION EN TIRSO: DRAMA O COMEDIA

No le bastaba a Tirso la mera utilización lírica, intimista e interiorizada, de la palabra. El había nacido —ante todo— para dar movimiento a sus fabulaciones y misterios, a las creaciones de su imaginación. El dominó, como pocos, el arte dramático, la puesta en escena de personajes cuya palabra era acción, cuya acción quedaba vinculada a su palabra. Siguiendo la escuela de Lope de Vega, pero lanzándose a aventuras muy personales y de gran originalidad dramatúrgica —tanto en lo formal como en el contenido—, el fraile de la Merced va a ser aplaudido en los teatros de España, Europa y Nuevo Mundo. Su pseudónimo «Tirso de Molina» irá para siempre unido a su producción teatral, aunque lo haya utilizado por primera vez en letras de molde en *Cigarrales de Toledo* (Madrid, 1624).

Lo estético y lo ideológico, lo poético y lo teológico están de tal manera unificados en Tirso, que su dramaturgia es obra creadora lograda. Tampoco hay en él dualismos —como en ocasiones se ha afirmado,

sin suficiente comprensión de su obra—, sino unidad de visión y de intencionalidad entre las obras *serias* y las consideradas *ligeras*, aunque sazonadas por el humor ambas. Como ha sugerido ya hace años Karl Vossler y luego explicitó Alexander A. Parker, y acaba de destacar en una tesis doctoral la profesora Carmela Hernández García, la unidad filosófico-teológico-moral de la obra tirsiana se evidencia si se sabe leer a la luz del *topos* del *mundo al revés*, de larga tradición clásica. En un par de obras, cuyo título no deja lugar a dudas —*La república al revés* y *El pretendiente al revés*— queda suficientemente claro el modo de pensar de Tirso de Molina sobre lo social humano y político-moral, en relación con el plan armónico del Creador. Cuando las tramas dramáticas de sus obras, los personajes en el despliegue de sus comportamientos, se disfrazan, engañan, trastuecan los papeles, se comportan llamativamente; cuando el desorden parece apoderarse de la vida, estamos ante *un mundo humano al revés*. Y tanto en las creaciones *serias* como en las *cómicas* se escenifica el *derecho* y el *revés*. Ese final feliz de la comedia es en él resolución del orden conculcado, desenmascaramiento del gran desorden humano y vuelta o recuperación de la cara de la moneda, armonización en el desenlace.

Esta falsilla ilumina la realidad de la comedia tirsiana y es una clave interpretativa que es preciso tener presente. Según esto, prácticamente todo el teatro tirsiano es intencionalmente moralizador, en el profundo sentido de la palabra, aunque el nudo de las intrigas esté enmarañado y pueda dar la sensación —por sus laberintos de acción y lenguaje— de que la maldad humana domina la escena. Este *mundo al revés* postula un *desenrevesamiento*, logrado por la justicia —que acaba imponiéndose— y por la clemencia y generosidad, frutos del Cristo que vino a traer vida y en abundancia.

Puesto que el teatro de Tirso es más conocido que el resto de su producción literaria, y que existen obras recientes que lo estudian bajo diversos aspectos complementarios (recordemos tres estudios amplios y serios: *L'univers dramatique de Tirso de Molina*, de Serge Maurel; *El tópico del mundo al revés, en Tirso de Molina*, de Carmela Hernández García, y *Libertad, gracia y destino en el teatro de Tirso de Molina*, de Mario F. Trubiano; a los que hay que sumar el par de monográficos de la revista *Estudios* (1949 y 1981), además de la obra de Francisco Florit Durán: *Tirso de Molina ante la comedia nueva, aproximación a una poética*, y las *Actas del I Simposio internacional de Washington sobre Tirso de Molina: Vida y obra* (1985), publicadas en *Estudios* (Madrid, 1987), puesto que existe una inmensa bibliografía de estudios parciales de su producción teatral), me limitaré —para mi cometido preciso— a señalar aquellas obras de máximo interés desde la óptica de la palabra teológico-poética.

Aunque —según lo señalado anteriormente— no es correcto distin-

guir demasiado —como hace Maurel— entre lo sagrado y lo profano, la humanización de lo divino y el orden sagrado, lo ligero y lo serio, en el teatro tirsiano —pues que en él todo, desde ángulos muy dispares, tiene una intencionalidad unificadora—, es indudable que ofreció unas *veinticinco comedias* de tema religioso, de problemática teológica, abiertamente inspiradora de la trama argumental y de las soluciones dramáticas. En las demás subyace siempre algún elemento, alusión o enfoque donde lo humano, en su desorden, se orienta hacia la armonía postulada por la conciencia cristiana del mundo y de la historia.

Se inspira Tirso claramente en *fuentes bíblicas* en las siguientes piezas teatrales: *La mujer que manda en casa* (Jezabel), *La venganza de Tamar* (de quien toma Calderón el acto tercero literalmente para su segunda jornada de *Los cabellos de Absalón*, y se inspira abiertamente en el acto primero de Tirso para el correspondiente de su obra), *La mejor espigadera* (Ruth), *Tanto es lo de más como lo de menos* (hijo pródigo y rico epulón, entrelazamiento de dos parábolas y nueva significación, postulando la *aurea mediocritas*), y *La vida de Herodes* (con su matanza de inocentes). En todas estas comedias, Tirso lleva a escena pasajes enteros del texto bíblico, versificados; pero también crea momentos de tensión dramática y parajes de remanso lírico. El creyente de la antigua alianza ofrece, en los relatos espigados por Tirso para su recreación dramática, suficientes situaciones de tensión entre su libertad en acción y la gracia divina, como para que el claroscuro de su vida se convierta en contraste aleccionador. El pasado, por lo demás, se está reinterpretando a la luz del presente histórico y de sus connotaciones de base humana, cíclicamente presente, como en una *rueda de la fortuna*. El «destino» ciego pretende imponerse contra la «vocación» libre de cada actor. Según el balanceo, se llega —en ocasiones— a la tragedia, o todo se resuelve en drama, e incluso en comedia o tragicomedia. Así es la vida. La *palabra revelada*, pues, suministró a Tirso base argumental para una parte significativa de su producción teatral.

Otro manantial que suministra a Tirso material de base para sus creaciones dramáticas es la *hagiografía*. Las «comedias de santos» se pusieron de moda ya con Lope. La originalidad de Tirso va a consistir, ante todo, en no limitarse a la estricta vida ejemplar del santo —suministrada por el *Flos sanctorum* de Alonso de Villegas (1566) o de Pedro de Rivadeneyra (1599-1601), o por biografías particulares—, sino que aprovechará el género para dar colorido humano e intriga al asunto tratado, a base de elementos de la historia o de su propia imaginación creadora. La *gracia divina* brillará más, si hay lucha, oposición, dificultades que vencer. Maurel contrastó ciertos pasajes centrales de estas obras con sus fuentes. Así, *La santa Juana* (trilogía) sin duda toma como base —como ya había visto Emilio Cotarelo y Mori— la *Historia, vida y milagros, éxtasis y revelaciones de la bienaventurada virgen santa Juana*

de la Cruz, de la Tercera Orden de nuestro seráfico Padre San Francisco, compuesta por Fray Antonio Daza, y dirigida a la Reina de España, doña Margarita de Austria, Zaragoza, 1611. Naturalmente, hay mucho de original en la comedia tirsiana, entre intrigas y consideraciones teológicas, que no aparece en sus fuentes. Pero la seriedad de sus fuentes puede ser comprobada. De ellas toma no sólo lo estrictamente histórico, sino también lo legendario y milagroso, tan propio para la escenificación sorprendente.

· *La Dama del Olivar*, de Estercuel, a partir de Zurita, Vincencio Blasco de Lanuza: *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón* (1619-1622) y manuscritos mercedarios, es una realización tirsiana de gran alcance dramático y de interés teológico-marial.

Santa Casilda, la princesa mora convertida a la fe cristiana después de ser curada al bañarse en *Los lagos de San Vicente*, ofrece a Tirso material para otra comedia. La base puede ser, según Cotarelo, la *Historia de Avila*, del P. Ariz, Alcalá de Henares, 1607.

Es *La peña de Francia* otra bella comedia hagiográfica, con elementos históricos y legendarios, sazonados por la imaginación creadora tirsiana. Ya desde 1544 circulaba una obra, relatando la *Invención de la imagen de Nuestra Señora de la Peña de Francia*, por Simón Vela.

La elección por la virtud se centra en la elección al pontificado del Cardenal Montalto, con el nombre de Sixto V. Este franciscano, inquisidor de Venecia y vicario general, había percibido presagios de su futuro puesto en la sede de Pedro. Tirso añadirá elementos nuevos a la trama de su vida familiar, y busca la solución mejor para ciertas sombras que la historia pone de relieve, aprovechadas en la comedia.

La personalidad del fundador de los Cartujos, San Bruno, atrajo la atención de Tirso. A él dedica su obra *El mayor desengaño*. Rivadeneyra ofrece la leyenda del amigo universitario de Bruno, tenido por santo, y manifestado como réprobo en el propio entierro.

Santo y sastre es la comedia tirsiana sobre San Homobono, personaje curioso en extremo, casado con Dorotea, que admite el que vivan en castidad conyugal. Que un sastre —cuya fama era proverbialmente mala en toda la literatura— llegase a ser canonizado, da pie a Tirso para graciosas escenas, a la vez que destaca la sencillez que se impone y vence todas las argucias del maligno.

Doña Beatriz de Silva es la comedia de Tirso sobre la fundadora de la Orden de la Concepción, noble portuguesa que viene a Castilla acompañando a doña Isabel, infanta portuguesa, casada con el rey Juan II. Las envidias que provoca su hermosura le valen el ser encerrada en un cofre o armario, con ánimos de darle la muerte. Salvada milagrosamente por María, le promete fundar una Orden consagrada a defender su Concepción inmaculada. La obra de base de la comedia tirsiana pudo haber sido *Historias admirables de las más ilustres entre las menos cono-*

cidas santas que hay en el cielo (1619). Tirso promete una segunda parte, hoy desconocida, si llegó a escribirse.

El árbol del mejor fruto escenifica la invención de la Santa Cruz por Santa Helena, cuando Constantino se convierte al cristianismo, y con él el imperio romano. Hay intrigas de amor y de traición en el núcleo del drama.

Quien no cae no se levanta está basada en la vida de Santo Domingo, en su leyenda, que narra conversiones espectaculares, como la de Benedicta de Florencia, protagonista de la obra de Tirso, bajo el nombre de Margarita. De pecadora a santa, la gracia —por medio de la palabra fogosa del apóstol Domingo— realiza el prodigio. Una vez más, el contraste está siempre latente en los argumentos de *vida de santos* que atraen el dramaturgo.

Además de estas hagiografías dramatizadas, Tirso nos dejó una media docena de *Autos sacramentales*: *Los hermanos parecidos* fue representado entre los dos coros de la Catedral de Toledo. *El colmenero divino* es acaso uno de los más logrados en su género. *El laberinto de Creta*, *La Ninfa del Cielo*, *No le arriendo la ganancia* y *La madrina del cielo* son los títulos de estos «sermones / puestos en verso, en idea / representable, cuestiones / de la Sacra Teología», que diría más tarde Calderón, en quien el género es utilizado sistemáticamente y alcanza su plenitud. Tirso —más propenso a los personajes humanos y su vida real, que a las abstracciones temáticas— crea estos Autos sacramentales a su manera, explorando las posibilidades que Lope había abierto con *La puente del mundo*. Pero son, sin duda, como un homenaje de fray Gabriel Téllez a la Eucaristía, aportando su peculiar estilo y llenando de contenido denso la poesía sacramental en ellos ofrecida, para saborear el doble alimento espiritual.

Las dos obras maestras, las más densas de contenido teológico, las más universalmente difundidas, aquéllas en las que la comedia humana no sólo se convierte en drama, sino que adquiere categoría de tragedia —desde la fe cristiana y el misterio de la salvación—, las escribió Tirso, muy probablemente en Toledo, entre los años 1613-1615, antes de su ida a Santo Domingo (1616). Las dudas sobre la paternidad tirsiana de ambas obras cumbres —pese a ciertos críticos alarmistas, pero sin base alguna documental— carecen de todo fundamento. (Espero que mi reciente edición crítica de *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, en respuesta a la edición claramontiana de Alfredo Rodríguez, disipe las posibles dudas que empezaban a planear sobre el panorama literario español.)

El Burlador y *El condenado por desconfiado* son dos piezas tirsianas que se corresponden mutuamente. En ambas se deja al descubierto —como una llaga sangrante— el acuciante problema teológico de la relación entre la *gracia divina* y la *libertad humana*, famoso problema

de «auxiliis», controversia virulenta entre bañecianos y molinistas, que se desarrolla —a veces con aire de escándalo, en los mismos púlpitos, y no sólo en las cátedras, por las mutuas descalificaciones verbales y acusaciones de «herejía»— entre los años 1588 y 1607. La inquietud teológica, y la misma angustia, habían calado en la conciencia popular. Quizá por ello se explique la amplia difusión de las piezas de Tirso en los teatros españoles, de Nápoles y de Lima. (Hay constancia de representaciones de *El convidado de piedra* en dichas ciudades o virreinos de principios del siglo XVII.)

El mercedario Francisco Zumel, catedrático en Salamanca, deja constancia en un *memorial* a la Inquisición de Sevilla (1594) de que andan «unos papeles en romance, donde ponen la disputa en romance, puesta en forma que favorece la parte de los padres de la Compañía, con mucha arrogancia... y que estos papeles en romance andan en poder de mercaderes y oficiales y caballeros y gente de capa y espada».

Y ese mismo año, al pasar por la Corte el Cardenal de Sevilla, don Rodrigo de Castro, de la familia gallega de los Lemos, pudo comprobar cómo estaba de candente la polémica. Escribe a Clemente VIII el 20 de mayo de 1594 una carta-informe, solicitando que Roma tome decisiones, pues el escándalo hace daño al pueblo sencillo: «De tal modo se ha exacerbado la contienda nacida en nuestros días entre los PP. de Santo Domingo y los de la Compañía, y es tan de la jurisdicción de Vuestra Santidad la materia que en ella se disputa, que juzgaría que faltó a mi deber si no informase a Vuestra Santidad de lo que en esto pasa». Después de exponer ambas doctrinas con detalle, añade con toda claridad: «Diré cómo tratan los PP. Dominicos la opinión de los Jesuitas: en público, en sus sermones y lecciones, la condenan por error, mueven a la gente a que se guarde de los tales como resabiados de herejía, rehúsan acudir a los actos en que estos Padres defienden su sistema, para que no parezca que con su presencia autorizan opiniones harto poco conformes a nuestra santa fe. Con diversos modos procuran estorbar la publicación del libro del Jesuita Molina, y cuando, a pesar de la oposición, lo hubo aprobado por dos veces la Inquisición de Portugal, lo denunciaron a la Inquisición de Castilla, que aún no ha pronunciado sentencia. Y como es muy grande en España la autoridad de los PP. Dominicos, los Jesuitas han llegado a ser sospechosos y estar desacreditados. Litigan éstos con los Dominicos en el tribunal de la Inquisición y en el del Nuncio de V. Santidad para lograr que se declare ortodoxa su doctrina, y destructora del libre albedrío, y consiguientemente inficionada con los errores de Lutero y Calvino la de sus adversarios. Piden también que un P. Alonso de Avendaño, Dominicano, que en el púlpito se ha propasado contra ellos con violentos excesos en lo que dice, se retracte y sea apartado de la predicación. Tal es, Santísimo Padre, el estado de las cosas, que a mi juicio encierra graves peligros. Dos Ordenes religiosas

de gran nombradía están encontradas por el más grave motivo, pues que se trata de la integridad de la fe. La contienda se agita en público, en los púlpitos de las iglesias y en las cátedras de las escuelas. Mézclanse en ella toda especie de personas, los sabios y los ignorantes, unos en pro y otros en contra de los Jesuitas; unos tienen por sospechosa su doctrina, otros la de los Dominicos; y los que no se declaran por unos ni por otros, están ansiosos y se preguntan de qué parte está la verdad católica».

Clemente VIII decide que se recojan y envíen a Roma todos los escritos al respecto, y prohíbe seguir tratando en público esas materias, hasta que haya una decisión oficial. Sabemos que el problema teórico quedó sin resolver. Tal cual se planteaba parecía insoluble. Suárez mismo tercia en la cuestión, en carta al Cardenal de Toledo (14 de junio de 1594) solicitando ayuda a la Compañía y aclarando conceptos, como la *determinación física ad unum*, eficaz en sí misma, que no parece ser de Santo Tomás, e incluso «muy contraria a la verdad católica de nuestro libre albedrío y a lo que el Concilio Tridentino enseña de la gracia y concordia della con nuestra libertad». Y añade Suárez: «Así como la libertad demasiada es mala, también el atar los ingenios demasiadamente lo tengo por muy pernicioso». En materia de investigación teológica conviene amplitud de miras, de lo contrario no progresa la ciencia de la fe, la comprensión profunda del misterio.

Renacimiento y Humanismo habían otorgado al ser humano una mayor autonomía respecto a la concepción medieval. El hombre es centro del universo y dueño de sus actos, aunque Dios siga en el horizonte de sus vidas. Esta autonomía, este comienzo de la modernidad, está latiendo en la conciencia del hombre del siglo XVII. De ahí la nueva problemática, descarnadamente planteada. Frente a la defensa de la causa de Dios, la de la causa del hombre. El libro de Molina *Concordia liberi arbitrii cum gratiae donis* fue bien acogido en las aulas universitarias hacia 1588 y años siguientes. Pero intensificó la virulencia de la contienda. El mismo fray Luis de León y el padre Prudencio de Montemayor habían sido reprendidos por la Inquisición por defender similares proposiciones a las de Molina, ya en 1582. Báñez y el mismo mercedario Francisco Zúmel son severos contra el molinismo desde la Universidad de Salamanca. Sin embargo, las Universidades de Alcalá y de Sigüenza aceptan a Molina. En 1607 Paulo V daba «libertad para cada uno de los adversarios de defender su opinión, y prohibición absoluta de calificar de herejía ninguna de ellas».

Pues bien, Tirso de Molina se forma como teólogo por estos años de la controversia sonada. Recordemos que se ordena de presbítero en 1607, con toda probabilidad, dado que al año siguiente es ya Vicario de la comunidad de Soria. No podía menos de tomar parte personal en este grave problema existencial, que —en frase del mercedario padre Pedro Franco de Guzmán, teólogo procesado por la Inquisición en

1628— quitaba el sueño: «ningún misterio de nuestra santa fe le congoja si no es el misterio de la Predestinación y Reprobación... Discurriendo con personas de estudios de cuántas malas noches y desvelos le había dado esta consideración siendo estudiante en Salamanca (1606-1610, con Zumel), y lo mucho que ella congoja a todos los que se la ponen a considerar».

Tirso dramaturgo, va a dejar constancia de este enorme problema del creyente en muchas piezas de su teatro: En *Los lagos de San Vicente*, en las tres obras de *La Santa Juana*, *La Madrina del cielo*, *El mayor desengaño*, y —de un modo abiertamente central— en *El condenado por desconfiado* y en *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*. Estas dos últimas obras, las más sobresalientes, dramatizan las relaciones entre gracia divina y libertad humana, de modo excepcional, en el teatro español de la época: ¡Paulo, Enrico y don Juan son prototipos del hombre enfrentado con su propio destino! Paulo se condena por *desconfiado*. Don Juan recibe el castigo de una muerte inesperada, a manos de su propia víctima, por *demasiado confiado*. Enrico, después de una vida empecatada, *cree en la misericordia divina* y se salva.

Como afirma Trubiano, «Tirso confiere, con Zúmel, a la gracia suficiente siempre un grado de eficacia, por mínimo que sea, con el cual el hombre, todos los hombres, puede de hecho obrar, haciendo buen uso de ella, siquiera en grado mínimo, los actos meritorios y encaminarse, con la continua ayuda de Dios, a la salvación». Con este poder real de salvación, si el hombre escoge el mal, es por culpa propia. Integra, pues, proposiciones de Báñez con otras de Zúmel, en una concepción original de gracia y libertad, dando primacía a la facultad intelectual sobre la volitiva.

En *El condenado por desconfiado*, Tirso escenifica, en dos personajes antagónicos —Paulo, Enrico— los resultados opuestos de la opción humana ante el poder salvador de Dios: Sólo Dios salva, quien desconfía del poder divino y pone sólo su confianza en sus propios méritos —por mucho que haya llevado una vida penitente— cae en la propia trampa de su incapacidad y niega el poder misericordioso de Dios, ésa es su condenación; quien, por el contrario, confía en Dios —aunque haya sido un gran pecador— y se entrega a su misericordia, está salvado.

En *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, Tirso hace que don Juan encarne ambas posturas. La grandeza mítica de esta obra reside en ello: Don Juan está escindido, su conciencia creyente —don Juan cree— está divorciada permanentemente de su existencia libertina, burladora, centrada en su voluntad rebelde y autónoma—. Catalinón, el criado humorista, es el desplazamiento de la conciencia crítica de don Juan. (Se ha dicho que, en cierta medida, «la pareja don Juan-Catalinón llega a ser la imagen, la vertiente alienadora de la otra pareja universal y española, don Quijote y Sancho, pues ésta crece para unirse

y nutrirse en respeto mutuo, luchando por un orden y una vivencia ético-moral cristianos, mientras que aquélla avanza para divorciarse en lucha egoísta y alienadora, para imponer, sobre ese mismo orden y sobre esa misma vivencia, otros órdenes que para Tirso son existencial, moral y espiritualmente, trágicos y vacíos» (Trubiano)).

El desdoblamiento del alma de don Juan no debe interpretarse en el sentido que, con el mismo auxilio salvífico divino, éste se condene y Catalinón se salve, siendo su *alter ego*, como viene afirmándose masivamente por críticos y comentaristas. Afirmando que Tirso no condena al infierno a don Juan, sino que la justicia divina actúa en él haciendo que se cumpla su propio juramento: «que me dé muerte un hombre muerto». Don Juan piensa que esa palabra suya será inocua, irrealizable, y con ella pretende engañar a Aminta, tomando el nombre de Dios en vano. Dios hará justicia y saldrá por los fueros de la verdad, haciendo que se realice su juramento: Para Dios nada es imposible. El *convidado de piedra*, a quien don Juan había dado muerte, violentamente, será el ejecutor de la justicia divina y de su propia palabra. Pero Tirso señala, con indicios suficientes, que don Juan se va con el hombre muerto al otro mundo, abrasado por el fuego, no del infierno, sino del *purgatorio*. Cuando, después de la primera cena de don Juan con el *convidado de piedra*, el burlador, gentilmente, intenta alumbrarle, el muerto exclama: «No alumbres, que en gracia estoy», respondiendo a las preguntas anteriores de don Juan: «¿Estás gozando de Dios? / ¿Dite la muerte en pecado? / Habla que suspenso estoy». Luego, don Gonzalo de Ulloa, al dar la mano de fuego abrasador, trae fuego de su *purgatorio*, no del infierno. Además, don Juan —y eso es esencial para la interpretación teológica—, en el trance final, quiere confesión:

*«Deja que llame
quien me confiese y absuelva».*

Y, aunque no se le concede («no hay lugar, ya acuerdas tarde»), el deseo sincero de confesarse supone arrepentimiento, suficiente para alcanzar misericordia divina. ¡Don Juan ha sido temerario, pero, si faltó a la caridad, nunca perdió la fe ni la esperanza!

Lo que Tirso, pues, afirma en el final de esta obra es que don Juan recibe el castigo divino de la muerte que él mismo pidió, siendo arrastrado al más allá por la mano de fuego de su víctima, que «estaba en gracia». En *La Santa Juana-3* (según creo, posterior a la redacción de *El burlador*) se oye un *Alma de galán*, que confiesa su identidad:

*«Soy don Juan, el que en la corte
en tierna edad y con vos
hice de mi gusto el norte».*

Y este don Juan (sin duda el *Burlador*), es preguntado por don Luis de dónde viene, y responde a la doble pregunta, inequívocamente:

«Y dime, ¿en qué parte estás?
¿Entre almas gloriosas?».

La *Voz* de don Juan responde: «Menos». Don Luis insiste: «¿Entre condenados?». Y la respuesta de don Juan es: «Más». Con lo que concluye don Luis: «¡En el Purgatorio! Buenos / indicios de Fe tendrás». Y las razones de estar purgando don Juan definen su comportamiento, tal cual aparece en *El burlador*:

«Allí estoy por atrevido,
por libre, por descortés
a mi padre».

El atrevimiento de don Juan fue *jurar a Dios que le matase un «hombre muerto»*. Su libertad o libertinaje (*libre*: licencioso, atrevido y desvergonzado) queda patente en las permanentes «burlas» a mujeres, solteras y casadas, con promesa de matrimonio, engañosamente. Y la *descortesía con su padre* aparece asimismo en *El burlador*, en los mutuos encuentros de la Jornada II. Este, con el corazón paterno hecho pedazos, se ve obligado a exclamar:

«Pues no te vence castigo
en cuanto hago y cuanto digo,
a Dios tu castigo dejo».

En suma, don Juan —burlador empedernido de leyes y mujeres—, quebrantador de normas sociales, impune ante las leyes humanas, recibe el justo castigo divino: ¡La mano de fuego, que viene del Purgatorio, le lleva consigo, inesperadamente! La justicia de Dios, unida a su gracia salvadora, quedó patente, en el misterio de su misericordia ante la maldad del prototipo de hombre pecador, temerario («muy largo me lo fiáis»), pero creyente y, al final, arrepentido: ¡Don Juan cayó en la trampa de su juramento mendaz, tomando el nombre de Dios en vano, y en él se hizo justicia, yendo a purgar su conducta, unido por el mismo fuego —en un apretón de manos ardiente— de la víctima, con quien había aceptado ser *convidado de piedra*! Sólo el mayor pecado —la desesperación, la falta de confianza en Dios— recibe el castigo supremo. Tirso lo ejemplificó dramáticamente —trágicamente— en Paulo, *condenado por desconfiado*.

4. PALABRA INTENCIONALMENTE NUTRICIA: «DELEYTAR APROVECHANDO»

Cuando Tirso sobrepasa la cincuentena, compone una obra miscelánea, cuyo solo título es de por sí revelador: *Deleytar aprovechando*. La escribe en Toledo, firmándola el 26 de febrero de 1632, y verá la luz en Madrid en 1636, al finalizar su cargo de Definidor Provincial de Castilla. Antes (1621-1624) había hecho, *modo profano*, algo similar. Pero mientras *Cigarrales de Toledo* estaba estructurado unitariamente, coordinando todo por sus *causas concertadas*, y la finalidad era entretener, ahora se trata de unir el placer a la utilidad, el deleite al aprovechamiento. Toda la obra está orientada a la edificación, a la formación cristiana desde la palabra artística, estructurando todo de modo trinario: *La Patrona de las Musas*, *Los triunfos de la Verdad*, *El bandolero*. Tres familias se reúnen, durante tres días, en tres lugares apacibles de las afueras de Madrid, para amenizar cristianamente los días de *carnes tolendas*, previos a cuaresma. Cada jornada se divide en tres momentos —mañana, mediodía, tarde— propicios para el desarrollo de la *jornada literaria*, que constará de tres narraciones, tres *autos sacramentales* y tres concursos de poesía religiosa. Novela, representación y declamación poética son, pues, la base del contenido de esta obra original. Según André Nougué, *Deleytar aprovechando* «deja el recuerdo de uno de esos trípticos, con figuras edificantes, que adornan los muros de las catedrales o embellecen los altares».

Se inspira Tirso, en las dos primeras novelas, en relatos primitivos del cristianismo naciente: a) *Historia apócrifa de Santa Tecla*, joven pagana prometida en matrimonio a Tamaride y de quien se enamora Alexandro, cuando escucha al apóstol Pablo, que predica la virginidad. Esta palabra le convierte, renuncia a sus pretendientes y decide ser «esposa de Cristo». A Pablo le encarcelan, y Tecla es condenada al fuego. Salvada milagrosamente —y disfrazada de hombre— seguirá más tarde al apóstol en sus viajes. Alexandro se encuentra con Tecla, a quien reconoce y pretende arrebatar. Para protegerla, el representante de Roma la confía a una rica viuda. Pero es acusada de haber contagiado al magistrado de la ciudad. Nueva condena al suplicio: los más fieros animales, en trance tan penoso, le besan los pies, o son vencidos por la fuerza de Tecla. Cuando se precipita en una cueva de fieras, Dios la protege. Es liberada, gracias a Alexandro. Sale de Antioquía y encuentra, de nuevo, a Pablo en Myra. Iniciada en la fe cristiana, sigue a Pablo predicando el Evangelio. Acabará sus días en Seleucia. Su iglesia se convierte en lugar de peregrinación, y los prodigios que realiza en favor de sus devotos son innumerables. En vida, amante de las artes y las letras —de ahí el título de *Patrona de las Musas*— se convierte después en protectora de sabios.

Se inspiró Tirso en Basilio, obispo de Seleucia, cuyo texto griego fue traducido al latín por Pierre Pantin, belga, profesor de griego en Toledo, y que en 1608 dedica a Felipe III esta obra: *De vita ac miraculis S. Theclae virginis martyris iconiensis, libri duo*.

Naturalmente, Tirso añade multitud de descripciones, escenificaciones, relatos, poemas, diálogos, fruto único de su imaginación creadora. Y deja sembrados comentarios doctrinales, en medio del entramado de esta vida tan llena de maravillas y prodigios.

b) Para *Los triunfos de la Verdad* utiliza Tirso la obra griega apócrifa *Recognitiones*, atribuida a San Clemente, Papa; y posiblemente a Pedro de Natalibus: *Catalogus sanctorum et gestorum eorum ex diversiis voluminibus collectis*, obra del siglo xv, con sucesivas reediciones; y se sirve del *Epitome de gestis sancti Petri*, que forma parte de las *Clementinas*. Los triunfos de la fe cristiana sobresalen en el entramado de esta segunda novela tirsiana, reelaborada, a partir de las fuentes señaladas, con sus intrigas —al modo de la comedia—, cuyo desenlace feliz da sentido a tantas peripeccias sufridas. En la época romana de Tiberio, Fausto y Matidia tienen tres hijos: Faustino, Faustiano y Clemente. Fausto, amante de la astrología, deduce del horóscopo de su mujer que va a engañarle con un esclavo de su casa, con quien huirá y ambos perecerán. Angustiado por tales presagios, está siempre ojo avizor. Matidia es una mujer virtuosa y guarda fidelidad. Pero cuando llega Clemente Flavio —hermano de Fausto— se enamora de su belleza. Ella sólo ve la solución de huir, para evitar escándalos. Le cuenta a su marido que ha tenido sueños premonitorios de desgracias familiares, y la solución es dejar Italia. Fausto mismo organiza el viaje de su mujer e hijos a Atenas. La embarcación naufraga: Matidia queda en la costa siria, mientras sus dos hijos son capturados por corsarios, y vendidos con el nombre de Nicetas y Aquila a una viuda, que los educa con cariño materno. Se encuentran con Simón Mago y se hacen discípulos suyos. Matidia, mientras tanto, vive con otra viuda de un marino, lejos de sus hijos, de quienes no sabe nada. Fausto no tiene noticias de nada, desde hace siete años. Flavio le dice que Matidia dejó Roma con un amante, y que la nave naufragó. Pero Fausto no se resigna a dar crédito a ello. Viaja a Siria. Clemente, al cuidado de su tío Flavio, es un experto filósofo, inquieto por los problemas de la muerte. Bernabé, discípulo de Pedro, llega a Roma y su predicación le convence al joven Clemente, que se embarca hacia Palestina, donde conoce a Pedro, en Cesarea. Cristiano ferviente, asiste a varios debates entre Pedro y Simón Mago. También Nicetas y Aquila son discípulos de Pedro. Clemente acompaña a Pedro en sus viajes apostólicos. Cuenta su vida al apóstol, convencido de que sus familiares están muertos. En una isla se encuentran a una mendiga, que les relata sus infortunios. Resulta ser la madre de Clemente, y madre e hijo se reconocen y agradecen a Dios este encuentro admirable e

inesperado. Nicetas y Aquila, entonces, descubren quiénes son: ¡La familia dispersa se reencuentra! Tiempo después, Pedro y los tres hermanos encuentran a un anciano a la orilla del mar. Entabla una discusión ardiente sobre la influencia de los astros en la vida de las personas. Pedro, Nicetas, Aquila y Clemente, intentan convencerle de lo contrario, y de la libertad humana en acción. El anciano tiene una prueba —dice—, su propia historia. Pedro toma la palabra, para hacerle ver cómo su familia está a su misma vera. De este modo, todos se reconocen y llora de gozo. Después del encuentro feliz, los acontecimientos se precipitan: Simón se venga de Fausto, valiéndose de magias, pero es descubierto. Matidia y Fausto vuelven a Roma, donde acaban sus días de modo edificante. Flavio se convierte al cristianismo, y llegará a ser Obispo de Metz. Clemente es elegido Papa, deportado, pero predicador incansable de la Fe cristiana.

Sobre este entramado argumental, Tirso recrea una auténtica novela de aventuras, dramatiza las situaciones, añade elementos líricos, pone de relieve las enseñanzas cristianas y el mensaje teológico: En los diálogos en verso destaca el *problema del mal* y el de la *libertad humana*, con gran originalidad, con maestría.

c) Finalmente, la tercera novela, *El bandolero*, acaso la más original de las tres, tiene en cuenta el cristianismo medieval, en un relato legendario sobre San Pedro Armengol, mercedario. Sitúa la acción en Cataluña, en tiempos de Pedro III, Alfonso III y Jaime II. El padre de Pedro, Alberto Armengol —según costumbre de la época— manda hacer el horóscopo del niño recién nacido: un astrólogo le anuncia que será jefe de bandoleros; un religioso le pronostica que será santo, pero colgado de un árbol. Angustiado, previendo la deshonra familiar, decide deshacerse del hijo: lo abandona en un bosque. Aprovechando que una criada acaba de dar a luz un niño muerto, hace un cambio de niños, sin que nadie lo advierta. Cuando ven que está vivo el que creían muerto, los criados hacen una gran fiesta bautismal, a la que invitan a Alberto, mientras en la familia Armengol reina la tristeza, creyendo muerto al recién nacido. Bautizan al pequeño con el nombre de Pedro Guillén. Un par de años después nace Saurina en el hogar de los Armengol.

Alberto, ya viudo, se retira con su hija Saurina a los Pirineos catalanes cerca de la aldea donde vivía Pedro Guillén, pensando en educar al niño como correspondía. Se relacionan mucho, y ambos chiquillos se quieren como hermanos, al principio; pero luego, apasionadamente, pese a la diversidad de condición. En una ocasión van juntos a Barcelona, y antes de llegar, Pedro cuenta a Saurina —en admirables versos— la historia de Píramo y Tisbe (preciosa fábula, que Tirso cuida con esmero, superando a la de Góngora). Llegados a Barcelona van a la feria del vidrio, en la que admiran la estatua de Jaime II. Alguien la rompe de una pedrada. Pedro interviene, luchando con el culpable, a quien llega

a matar, y logra huir lleno de heridas, pero cae desmayado en el «carrer de Moncada». La hermana de don Berenguel de Lanzol, Laurisana, pasa con su carroza por allí y recoge al herido y le cura, y cae enamorada del joven aldeano. Saurina, mientras, manda buscarlo. Manfredo, favorito del rey —que iba a poner orden en las calles barcelonesas— ve a Saurina y se enamora de ella. Hay que decir que los Lanzol eran enemigos de los Armengol. Laurisana hará las paces con Saurina, y las familias también. Don Berenguel pide la mano de Saurina, mientras Laurisana —su hermana— descubre que el joven herido tiene aire de nobleza, pese a las apariencias. Mientras tanto, Alberto Armengol viene a Barcelona, y se pone al corriente de todo, a la vez que el conde Manfredo le comunica que el rey le ofrece un puesto en Barcelona. Promete dar su hija a don Berenguel, lo que desagrada al conde. Saurina tendrá que renunciar a Pedro, a quien ama de verdad. Manfredo —por voluntad real— está decidido a desposarse con Laurisana, pero jura vengarse. Laurisana, por su parte, no acepta casarse con el conde, pues que ama a Pedro. Este le propone enviarla a Francia, cuando se cure. Pero también Saurina —ignorando ser hermanos— se enamora de Pedro. Esta trama novelesca es muy tirsiana y parece más bien materia de comedia. Siguen las complicaciones. Manfredo hiere a don Berenguel, haciéndose pasar por Pedro Guillén. Mientras Laurisana y Guillermo navegan hacia Sicilia, Pedro y Saurina se dirigen a Francia. Manfredo remata al herido. El odio entre la familia Berenguel y Armengol se reanuda. Laurisana no puede vivir sin Pedro Guillén. Se le comunica, mendazmente, que ha muerto la noche de su huida. Pedro cree que Laurisana está muerta, por culpa de don Berenguel, y promete vengarse. Organiza una banda armada para vengarse del honor de su familia quebrantado. Alberto Armengol es liberado, y persigue a los bandoleros, al frente de una tropa de soldados, y se encuentra —cara a cara— con su propio hijo. Este se echa a sus pies, y le entrega la espada. Pero el padre, inflexible, decide que será ejecutado. Acepta la sentencia, que no se realiza, pues le salva don Berenguel. Conducido Pedro ante el rey, éste le perdona, mientras Manfredo y Guillermo son llevados a prisión. El conde se envenena para no ser ajusticiado. Laurisana, por su parte, acabará sus días en un monasterio. Don Berenguel se casa con Saurina, y Pedro —fiel al amor de Laurisana, que cree muerta— se hace religioso mercedario. Lleva una vida santa. Es nombrado redentor de cautivos, donde queda en rehenes, y es colgado de un árbol. María de la Merced le salva, milagrosamente, ante los ojos asombrados de los mercedarios que llegan tres días después con el dinero. Acabará sus días en el monasterio que su mismo padre mandó edificar en la Guardia de Prat (Tarragona).

Este santo mercedario, pintado por Zurbarán, objeto de esta novela de Tirso, ofreció materia apasionante para el tríptico de *Deleytar aprovechando*. Hay mucho de invención creadora tirsiana en el relato con-

densado, que acabo de esquematizar. Hay mucho de palabra cincelada, de versos inspirados que —cual florecillas ruborosas— se van sembrando a lo largo de la novela. Hay mucho de tensión narrativa, provocadora de la atención de los oyentes o lectores, para desembocar en el *ejemplo de una vida consagrada*, después de tanta peripecia e intriga, de tanta experiencia.

Y, conjugando prosa, poesía y teatro poético, junto a los relatos novelados, se representan tres autos sacramentales, con sus loas eucarísticas y se declaman poemas en honor de las canonizaciones de los santos Jesuitas, Ignacio y Francisco Xavier y de los mercedarios, Pedro Nolasco y Ramón Nonato; así como en honor de la Inmaculada Concepción y Natividad de María.

Esta obra, sazónada con la salsa de novelas llenas de interés argumental, es de finalidad religiosa, de edificación moral, de enseñanza teológica, de síntesis, armoniosa, de palabra poética y de enseñanza. Tirso, como en otras ocasiones, pero ahora más directa y abiertamente, se propuso *deleitar aprovechando*. Es lo que denomino *palabra nutricia*. Otra manera tirsiana de llegar al público: Desde la poesía pura, desde el teatro religioso, desde este nuevo género miscelánico, que reúne —en un todo armónico— poesía y teatro junto a la novela de contenido doctrinal y religiosamente modélica. Los caminos que conducen a Dios son múltiples: la castidad en Tecla; el discurso teológico en Clemente; la desilusión en Pedro Armengol. En todos estaba actuando la gracia, a través de la libertad humana, siempre imprevisible. Una vez más, gracia, predestinación y libre arbitrio están presentes en esta obra, logrando que lleguen a un público amplio estos problemas teológicos candentes, entonces vividos con pasión. Lejos de caer en la sistematización del lenguaje, su palabra es siempre poética, creadora, fresca, original.

5. PALABRA HECHA HISTORIA: HAGIOGRAFÍAS

Tirso sigue siendo poeta cuando —nombrado por todo un Capítulo General Cronista general de la Orden de la Merced— pone manos a la obra, y escribe en pocos años la historia mercedaria desde sus inicios, después de completar la que Alonso Remón —su predecesor— había dejado incompleta. Y es poeta en prosa, porque su capacidad de síntesis, de evocación, de sugerencia, descriptiva y remansada en consideraciones (*cum sidera*: pensar mirando a las estrellas) queda patente en todos sus escritos. La prosa de su *Historia* está llena de sutilezas y recursos estilísticos del mejor cuño. La historia es vida. Y reconstruir un pasado, aparentemente ya muerto, es obra de creadores. Así entiende Tirso la historia.

Y Tirso sigue siendo teólogo. Las preocupaciones intelectuales están

siempre presentes en su espíritu y afloran en la debida oportunidad. En la larga vida de la Merced, ahora historiada por Tirso teólogo-poeta, salen a la luz problemas de fondo, cuestiones vivas, ejemplos de virtudes y de encarnación cristiana, vivencias de la gracia divina en conjunción con la libertad humana, testimonios martiriales, rosas de virginidad, conversiones, anuncio y praxis de liberación, de redención de cautivos, en cumplimiento del carisma mercedario. Así entiende Tirso la historia mercedaria.

Comienza la *Historia* de Tirso contemplando los orígenes de la Orden de la Merced en su momento histórico, en relación con las otras dos más significativas, y viendo —una vez más la trilogía— a las tres como obra de la Providencia divina: Ante el problema de la incredulidad y herejía, Dios suscita a un hombre decidido, Domingo, que funda a los Predicadores; ante la soberbia y codicia reinante, el afán excesivo por el dinero y los honores, surge Francisco; y, para resolver el enorme problema de la opresión y crueldad infiel, para rescatar a los cautivos cristianos, aparece Pedro Nolasco. Tres Ordenes contemporáneas, especificadas en cometidos muy precisos. Tres fundadores carismáticos, movilizadores de un grupo entusiasta de hermanos, que les siguen, consagrando sus vidas a la labor apostólica a la que se sienten llamados.

Después, reorganiza el material antiguo que le fue suministrado por los documentos de la época y por sus antecesores en el oficio de historiadores, con gran capacidad de síntesis. Historiar toda una vida de una institución religiosa con cuatro siglos de existencia supone juntar mucha documentación, seleccionar lo que se juzga de mayor interés, intuir los caminos de la objetividad (en Tirso se da una concepción moderna de la Historia), y no dolerle prendas a la hora de la justa crítica de actitudes o comportamientos personales o colectivos. Sobre todo la segunda parte de su *Historia* —en la que habla de contemporáneos suyos— es un ejemplo de imparcialidad, de autocrítica mercedaria, en medio de las inevitables *fobias* y *filias*, que sería interesante destacar, pero que ahora no viene al caso.

Se fija Tirso, sobre todo, en dos aspectos mayores de la vida de la Merced en la Iglesia, de la aportación de la Orden redentora: la *santidad* y la *ciencia*. En cada *generalato*, después de hablar de los acontecimientos de la obra redentora y de las peripecias de gobierno, consagra siempre un apartado amplio a los varones destacados en virtud y letras. Naturalmente, los santos primeros: Nolasco, Ramón Nonato, Pedro Armengol, Serapio, María del Socós o de Cervellón, Pedro Pascual (de quien subraya que no tiene documentos, pero utiliza el reciente libro del padre San Cecilio, descalzo mercedario: La Merced lo lleva a los altares y lo prohija, sin que se haya podido documentar su profesión en la Orden), etc. Pero también los mártires al servicio de la libertad de los demás, los que entregaron su vida en la obra liberadora, los que se

quedaron en rehenes, los que entregaron su vida en oblación de caridad, junto a los místicos y ascetas; las monjas de clausura que sobresalieron por su entrega a Dios; los misioneros del Nuevo Mundo, conquistadores de almas para Cristo —que no expoliadores de riquezas ajenas—, los que acompañaron a los primeros conquistadores o hicieron las paces entre ellos, o evitaron exageraciones reprobables: fray Bartolomé de Olmedo, capellán de Hernán Cortés; fray Francisco de Bobadilla, árbitro y pacificador en las disensiones entre Pizarro y Almagro; fray Francisco Ponce de León, que profesó en Trujillo de Indias y desempeñó cargos de importancia, acompañando a don Diego Vaca de Vega como su capellán por el Marañón, y después a don Luis Fernández de Córdoba en Chile, etc. Los que catequizaron los rincones más pobres de Centroamérica, el alto Perú, Chile, Guatemala, Santo Domingo, Argentina, México... Los que se santificaron en tierras lejanas, como el padre Urraca en Quito y Lima; y los que lo hicieron en la misma corte de Madrid, como el padre Falconí, defensor de la comunión frecuente, de quien hace un elogio personal, por haberle tratado y admirado. Los profesores eximios y generales sobresalientes, como Francisco Zúmel, catedrático salmantino, o el padre Merino; los que llegaron a Obispos, como fray Gaspar Prieto, o fray Melchor Rodríguez de Torres, declarante en el proceso de Santa Teresa; o, ya antes, fray Gaspar de Torres, catedrático y Obispo, el primero que autoriza la división de Provincias en el Nuevo Mundo.

Mujeres y varones eximios en santidad atraen la atención de Tirso, y reconoce la aportación de la Merced, humilde, pero necesaria en el conjunto de los diversos carismas institucionales: «Ramillete de diversas flores, cada Religión bizarrea las alas de la Iglesia universal —declara—, y la nuestra ya con unas, ya con otras, hace la costa a parte de ese adorno». El, tan dedicado a los libros, se entusiasma ante quienes abandonan la vanagloria por Cristo. Hablando de fray Arnaldo de Pratis —finales del siglo XIII— predicador de florituras, «delgadezas y elegancias», más que de entrega a la santidad, en un principio, dice: «Cayó en la cama y en la cuenta, que todo suele ser uno. Convaleció primero en el alma, y, a puros arrepentimientos y promesas, después de muchos días, en el cuerpo, escarmentado de manera desde entonces, que su librería, un crucifijo; sus temas y doctrinas en los púlpitos, un crucifijo; las delicadezas y floreos de ellos, un crucifijo».

Reconoce, sin embargo, que «los libros son las galas y aparatos de las celdas religiosas». Por eso le duele que estén tan empolvados, la mayoría de las veces: «Tengo lástima —exclama, haciendo una sabrosa disgresión— a muchas librerías, que en lo numeroso y bien encuadrado corren plaza más de camarines que de bibliotecas, pues, sin jamás ojearse, repasan mucho más frecuentes sus cuadernos las polillas que sus dueños».

Le interesa más a Tirso «ser sabio en ejercicio y no en doctrina», pues que lo esencial es ser *divinizado*, «conseguir las tres virtudes príncipes» sin demasiados rodeos. En momentos de *crisis* brotan frailes extraordinarios: «No abrasa tanto el fuego como a la presencia de la nieve y los carámbanos, porque ciñendo actividades, cuanto más unidas para resistir a su contrario, tanto más ostentan su eficacia. Lo mismo sucede en las demás cosas criadas: a la luz cercada de tinieblas, al viento oprimido en los volcanes y al agua encarcelada en las presas. A semejanza suya, las virtudes —entre los desaciertos de los vicios, salen mucho más vistosas y en números mayores». ¿No es ésta la misma doctrina que lleva Tirso a las tablas en sus piezas teatrales? El contraste, la paradoja, son reveladores de la verdad y virtud más sutil, mejor que la desnuda lógica lineal. No son las ciencias en sí las responsables del orgullo humano, sino la insensatez de algunos: «Desvanecen las ciencias a los presumidos con ser, tal vez, no muchas, y humillan a los cuerdos, aunque excedan».

Una y otra vez, aprovecha Tirso la oportunidad que le ofrecen algunas figuras mercedarias para sus observaciones agudas. Es un enorme admirador de los religiosos que alcanzan la verdadera sabiduría, la auténtica santidad: «Predicaba —dice de un fraile aragonés— doctrina tan sólida y tan útil que, al paso que los de su religión resucitaban vidas sepultadas en las mazmorras sarracenas, redimía nuestro Lucio almas de los calabozos del pecado. Las librerías donde estudiaba cuestiones para las escuelas y sermones para los concursos eran nuestra enfermería, sus libros los dolientes; los cuadernos que ojeaba, las camas que les hacía; los grados que le laureaban el acudir desde el altar a su regalo; las medicinas de sus almas y sus cuerpos, el hallarse con los médicos a sus consultas y en sus consuelos a sus cabezeras, animarlos en sus dolores y persuadirlos a la paciencia y tolerancia de ellos, de modo que ya sabían los que le buscaban que la enfermería era el recreo de sus ocios».

Desenmascara, a la vez, Tirso actitudes religiosas o de gobierno poco acordes con el espíritu religioso. Por eso afirma, contundente: «La verdad, madre de la Historia, como cuenta virtudes y alaba perfecciones, ha de manifestar defectos, para que, si lo primero engendra imitaciones, lo segundo sirva de escarmientos». Recordemos que había escrito una pieza de teatro con ese título: *Escarmientos para el cuerdo*. Es decir, la personalidad tirsiana queda reflejada en todos sus escritos. Su palabra pluriforme es hondamente unitaria.

Quiero, finalmente, subrayar cómo para Tirso la vida cristiana intensa y veraz, la auténtica mística sacramental, al servicio de los demás —al margen de cualquier falso «iluminismo»— merece sus mayores elogios. En torno a ello dejó muy sabias consideraciones. Al igual que Santa Teresa prefería a confesores sabios para dirigir espíritus, Tirso

—sin duda, desde la propia experiencia de confesor y director de conciencias— asevera: «Saben pocos, aunque lo ejercitan muchos, los innumerables requisitos que pide la medicina de las almas en este sacramento. La suficiencia y la discreción para distinguir espíritus, cuáles a propósito para la blandura y lenitivos, cuáles para el azote y aspereza, lo desinteresado para la recta judicatura de este sacramento, lo poco pegajoso para no empañar afectos, y lo mucho de Dios para regir almas ajenas, siendo tan arduo el gobierno de las propias. Ninguno de los otros ministerios sacerdotales requiere más examen, no solamente en letras y en costumbres —que éstas se suponen—, pero en el conocimiento y experiencia de los sujetos, que el de la penitencia; y vemos, para lastimarnos, que por la idiotez, y poca capacidad de muchos médicos, salen los penitentes más enfermos de la cura, que cuando la empezaron».

Hablando de sor María del Nacimiento, mercedaria del monasterio de la Asunción de Sevilla, aprovecha para exponer su idea sobre la *comuni6n frecuente*, aceptando, sin duda, la doctrina falconiana, pero añadiendo sus matices personales. Esta niña servillana, «costurera de Dios», que hacía «palias, frontaleras, sábanas y lienzos» para el culto sagrado, desde los once años «comulgaba cada día con aprobaci6n de quien la confesaba, que era religioso nuestro, docto, prudente y gran maestro en conocer espíritus. No hay duda de que este pan celeste se llama cotidiano por la frecuencia de que el alma necesita su alimento, aún más que el cuerpo del suyo, sin el cual desmedrada no se satisface con las demás virtudes; pero requiérese, para que la aproveche, la complexi6n robusta de la gracia y pureza de nuestra virgen, porque recibirla cada día quien cada hora cursa más las calles que los templos, goza fiestas, rompe galas, paga visitas —¡y ojalá que pare en esto!—, es ocasionar su flaco est6mago a accidentes incurables, que también hay apoplejías para el alma».

Con fino lenguaje teológico pone de relieve contemplaciones de algunos frailes mercedarios que llegaban a arrojarse ante la Trinidad, en su misterio adorable, intrínseco y comunicable. De fray Juan Vallejo afirma que se encontraba —según propia declaraci6n— más de una vez «suspenso en la contemplaci6n del altísimo Misterio de la Trinidad beatífica, deleytando el entendimiento en la inefable comunicaci6n que hace en la gloria partícipes a los bienaventurados de su Esencia absoluta y sus Personas relativas, no a todos sus celestes moradores igualmente, sino según la capacidad que sus méritos ganaron, inagotable siempre su infinidad inmensa».

Refiriéndose al teólogo Zúmel destaca sus obras máximas, en torno a los problemas de la gracia y la libertad: «Dej6nos como en mayorazgo todos estos cuerpos: dos sobre toda la Primera Parte de Santo Thomás, tutelar suyo. Otros dos, sobre la *Prima Secundae*, en que explica cuan-

tas materias aquel gran santo escribió en ella. Otro, *De Auxiliis*, que después de su vida sacó a luz esta su provincia en que, con claridad del cielo, defiende a su doctor glorioso, y trata de los socorros con que Dios nos favorece. *De la Presciencia de los predestinados y prescitos*, hasta donde se extiende la eficacia del libre albedrío, y lo que con él hace la divina gracia, y otras materias tan difíciles como necesarias, en que desentraña todo lo misterioso y más profundo del doctor angélico».

Al tratar de los hugonotes y el daño causado a la Merced en Francia, por considerarla «religión de España», aprovecha para una nota en favor de la fe católica, tan defendida en nuestro suelo durante la contrarreforma: «Ya se sabe —señala— la envidia y aborrecimiento que contra nuestra nación tiene todo género de sectarios, ansí por no haber ninguna que se nos iguale en la pureza de la fe católica y obediencia a la Romana Sede, como porque ni en otra ninguna ha hallado resistencia la pertinacia de sus errores, en la guerra con las armas, perseguidas incansables de sus blasfemias, y en la paz con el tremendo tribunal de la Ynquisición sagrada, de cuyo solo nombre tiemblan».

En síntesis, Tirso en su *Historia* consagra sus mejores palabras a la obra de la gracia divina, florecida y frutecida en los varones eximios en santidad e ilustres en letras y virtud. Las *hagiografías mercedarias* tienen este preciso sentido. El martirio y la fe y caridad testimoniales, la entrega a la redención de cautivos, ofreciendo libertad —don máximo de Dios al hombre, creado a su imagen—, la vida recogida y claustral, llena de prodigios de amor, la extensión de la fe cristiana en el Nuevo Mundo y la entrega de tantos religiosos a la causa del evangelio, los estudios teológico-espirituales, provocadores de equilibrio y sabiduría a la hora de la predicación de la Palabra de Dios y de la dirección de conciencias, la devoción mariana y defensa de su concepción inmaculada —el mismo Tirso colaboró a su expansión y culto en Santo Domingo, según cuenta en detalle—, la humildad y conocimiento de sí mismo, que valora como base previa a todo conocimiento aprovechable, la declaración de la verdad, madre de la Historia, la conciencia de la *comunión de los santos*, siendo todos miembros —con los propios carismas— de la Iglesia universal, etc., son otros tantos aspectos de la vida de la Merced, en su trayectoria histórica de cuatro largos siglos, que Tirso logra destacar, con gozo y arte. También aquí pretende *deleytar aprovechando*, pues su palabra, al hacerse historia, *cuenta* —con fruición— lo sucedido, y *canta* la belleza del espíritu, encarnada en la vida de unos hombres y mujeres, consagrados de por vida al servicio del prójimo y a la gloria de Dios.

La palabra de Tirso es siempre iluminadora: luz en el misterio de Dios y en la trayectoria sombría de los hombres. Palabra personal creadora de sentido —desde el fuego interior— y palabra testimonial —desde la fe recibida y proclamada—; gusto, paladeo, sabor sapien-

cial. Nunca es esqueleto escueto, nunca frío raciocinio. La poesía, el teatro, la novela y la historia están, en Tirso, traspasadas del rayo iluminador del mejor pensamiento teológico, pues que todo habla de Dios, y a veces con Dios, si se sabe escuchar la voz de ese «sacramento universal por el que las cosas se comunican al hombre hasta dar con su destino» (Rahner).

Nada mejor, como broche de oro, que finalizar con las palabras mismas con que Tirso cierra su *Historia*: «Su majestad virgínea se digne recibir estas dos partes de la *Historia de su Orden*, debajo de cuya protección augusta, pues es corónica de los héroes, hijos suyos, y como Madre ha de favorecer mis afectos, ya que los efectos no sean tales. Sírvasse también, piadosa, de que concurran sus auxilios para los que las leyeren, más por el propósito de imitar sus santos, que por la curiosidad de sus noticias, y a la buena fe y celo con que yo la he escrito, sin pasión de historiador doméstico».

La Teología
y su expresión literaria

CONTESTACION

DEL

Illmo. Sr. Dr. Salvador Muñoz Iglesias

Es característica peculiar de nuestra Real Academia de Doctores de Madrid —frente a la nota de especialización que distingue a otras Academias— la de incluir entre sus miembros a Doctores provenientes de todos los campos del saber. Consta de 10 Secciones, y en cada una de ellas procura incorporar profesionales de las diversas ramas de una misma disciplina. Así, en la Sección de Teología están representadas actualmente las Ciencias Bíblicas, el Dogma, la Moral, la Mariología, la Ascética y Mística, y la Historia de la Teología.

Hoy nuestra Sección —y con ello la Real Academia de Doctores de Madrid— se enriquece con la recepción de un nuevo Académico proveniente del campo interdisciplinar de la Teología y las Letras. Porque el nuevo Miembro de nuestra Academia, Rdo. Padre Luis Vázquez Fernández, de la Orden de la Merced, es doctor en Teología desde 1974 por el Instituto Católico de París con una tesis titulada: «El hombre y su misterio en la poesía de Dámaso Alonso y de Pierre Emmanuel. Aproximación del misterio de la poesía: Obertura y límites» (1).

No busquéis en el «curriculum» del P. Vázquez Fernández largos años de docencia, ni en su abundante lista de publicaciones sesudos trabajos de Teología o Exégesis Bíblica. El P. Vázquez ha ejercido su magisterio en la dirección, desde 1976, de la Revista «ESTUDIOS» de su Orden, y ha expresado sus conocimientos teológicos a través de su rica producción poética: *Por el corazón de las cosas* (Madrid, 1960); *Huellas* (Rocamador, Palencia, 1964); *Canciones en el sendero* (Madrid, 1971); *Cayó mi sed al fondo de tu pozo* (Rocamador, Palencia, 1973); *Memorial de la vida* (Madrid, 1976); *Vespéral de la luz* (Madrid, 1978). Tiene también —no en vano nació en Chavaga-Monforte de Lemos el año 1938— publicaciones en gallego: *Galegos en Europa* (Vigo, 1973); *A fronteira*

(1) Con este título publicó en la Revista «ESTUDIOS» (1975), 299-328, un extracto (sólo el cap. X) de la tesis doctoral en francés (todavía inédita) «L'homme et son mystère dans la poésie de Dámaso Alonso et Pierre Emmanuel», defendida el 21 de junio de 1974.

da fame (Teatro) (Vigo, 1979); *A terra lostregada* (Poesía) (Lugo, 1982); *A queimada* (Madrid, 1983).

A la producción poética original del P. Vázquez hay que añadir sus meritisimos trabajos de investigación sobre la vida y obra de Tirso de Molina y otros autores del Siglo de Oro, publicados en Revistas especializadas: «Estudios», «Boletín de la Real Academia Española», «La Villa de Madrid», «Edad de Oro», así como sus colaboraciones en el *Nuevo Diccionario de Mariología* (Voz *Literatura: María en la poesía hispánica*. Ed. Paulinas, 1988), y en *María en los Institutos Religiosos* (CONFER, Madrid, 1988).

Destacan en este apartado, junto a la edición crítica de **Alonso Remón**, *Las fiestas solemnes de San Pedro Nolasco* (Madrid, «Estudios», 1985), tres interesantes estudios sobre el P. Gabriel Téllez: *Tirso de Molina, Poesía lírica. Deleytar aprovechando* (Narcea, Madrid, 1981); *Tirso de Molina; Diálogos teológicos y versos diseminados* (Ed. Reichenberger, Kassel, 1988) y *Edición crítica de «El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra»* (Madrid, 1989).

En estas obras el nuevo académico hace gala de su prodigiosa erudición histórica sobre el Siglo de Oro de nuestras Letras, de sus extraordinarias dotes en materia de crítica literaria, y de su saber teológico al estudiar la producción poética del ilustre mercedario madrileño, que, junto a sus numerosas piezas profanas, tiene otras de carácter religioso, algunas de la envergadura teológica de «El Burlador de Sevilla» y de «El condenado por desconfiado».

No es de extrañar, por tanto, que el P. Vázquez Fernández haya sido galardonado con el primer premio de los juegos florales de Pontevedra (1960); primer premio del certamen de Poesía Mariana de Barcelona (1968) y primer premio en el VIII Certamen Literario de «Meigas e Trasgos» de Sarria, Lugo (1979).

Y esa es la razón de que el nuevo académico haya elegido para su Discurso de Recepción el desarrollo del tema que acabáis de oír: «Palabra teológico-poética en Tirso de Molina». A la luz de su docta y amena exposición hemos podido apreciar —en el caso concreto de Gabriel Téllez, el inmortal Tirso de Molina— cómo la Teología, sin perder la precisión de la más pura ortodoxia, se enriquece y llega al pueblo revestida con las galas de la poesía, y en qué medida las bellas letras pueden ser en la pluma del creyente docto inmejorable vehículo del saber teológico. La tremenda problemática entre la infalible presciencia divina y la innegable realidad del libre arbitrio en el hombre de cara a la salvación o condenación eterna, que tuvo en nuestros teólogos del XVI el más alto exponente con Báñez y Molina, encontró en las obras cumbres de Gabriel Téllez la versión poética y popular más ortodoxa, en la que riman con paralelismo perfecto omnipotencia divina y libertad humana, justicia misericordiosa de Dios y confianza amorosa del pecador a

sabiendas de que «al que hace lo que está de su parte Dios no le niega su gracia».

* * *

Dámaso Alonso ha escrito que «toda poesía es una teología», sin duda porque el poeta verdadero se adentra —consciente o inconscientemente— en la Transcendencia que es Dios. Podríamos decir nosotros que «toda Teología es poesía», porque la Revelación de Dios tiende a ser acogida y respondida en la inmanencia del yo de cada persona. Esencialmente Palabra poética en su origen, la Revelación de Dios en Cristo debe seguir siéndolo en su destinatario personal que es cada hombre. Teología y poesía deben ir por el mundo de la mano. Para recordárselo a los Teólogos de nuestra Real Academia de Doctores estará desde ahora entre nosotros el Dr. Luis Vázquez Fernández. ¡Bienvenido!

INDICE

Discurso	5
Saludo inicial	7
Palabra teológico-poética en Tirso de Molina	9
1. Palabra teológica y palabra poética	10
2. Palabra originaria y originante en Tirso: poesía propiamente dicha	12
3. Palabra en acción en Tirso: drama o comedia	26
4. Palabra intencionalmente nutricia: «deleytar aprovechando» .	36
a) Historia apócrifa de Santa Tecla	36
b) Los triunfos de la Verdad	37
c) El bandolero	38
5. Palabra hecha historia: hagiografías	40
Contestación al discurso: <i>La Teología y su expresión literaria</i>	47

